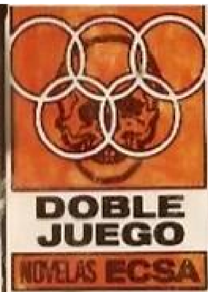
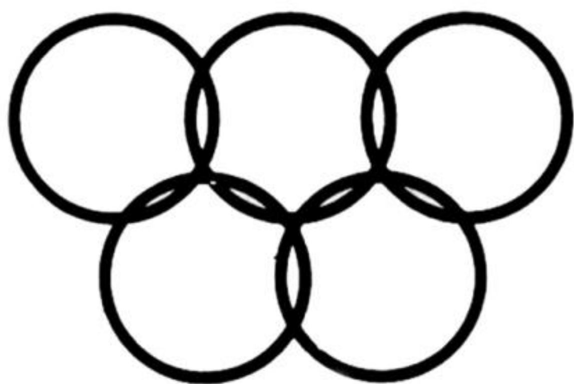


Curtis Garland

¡¡PENALTY!!



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

CURTIS GARLAND

¡ PENALTY !

Colección
DOBLE JUEGO n.º 31
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84 7518-048 5
Depósito legal: B. 32-071 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre. 1982
2.ª edición en América: mayo. 1983

Esta edición es propiedad de EDICIONES CERES, S. A. Agramunt, 8 Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

PRÓLOGO

No podré olvidarlo nunca.

Nunca…

Todavía cierro los ojos y, con mi imaginación, puedo rememorar aquel momento supremo, aquel instante decisivo, en el que todo dependía prácticamente de mí.

Todo.

El partido, el título del campeonato, el futuro del Club. Absolutamente todo. Incluso, sin yo saberlo entonces, mi propio futuro como deportista. Y hasta como hombre, como simple y puro ser humano…

Es como una pesadilla atroz que a veces, aún en estos momentos en que me hallo tan lejos de aquel instante, me martillea obsesivamente y me hace despertar en plena noche, sudoroso y jadeante, pensando que el tiempo ha vuelto atrás y sigo allí, en ese supremo segundo de mi vida, dependiendo de mí tantas y tantas cosas.

Entonces me levanto de la cama, agitado y convulso, paseo por la habitación, enciendo un cigarrillo y abro la ventana para asomarme a la noche, contemplar las estrellas, el cielo nublado o la lluvia, diciéndome a mí mismo que todo esto no tiene sentido, que es estúpido, que ya nada tiene arreglo posible, que aquello sucedió un día y ya nadie puede remediarlo. Y que, a fin de cuentas, soy solamente un ser humano, un hombre como otro cualquiera, no una máquina capaz de no sentir, de no pensar, de no cometer errores.

Pero todo eso me sirve de poco. Me calmo, sí. Y vuelvo a acostarme. A veces, el sueño a partir de ese momento es apacible y reparador. Otras, no tanto.

E incluso vuelvo a soñar. A tener la misma pesadilla de siempre.

Y me veo otra vez a mí mismo, en aquel gran rectángulo de césped. Rodeado por los graderíos repletos. Enfrente de los tres palos que conforman la portería. La red agitada ligeramente por la brisa al fondo. Delante de todo eso, el hombre del jersey negro. Agazapado, a la expectativa, mirándome a los ojos, confiando en

intuir, en adivinar mis intenciones...

Un silencio mortal en torno mío. Como si estuviéramos solos él y yo. Como si no hubiera nadie más en el césped. Ni jugadores, ni árbitro... Y nadie en las gradas. Ni un espectador. Pero yo sé que están todos allí. Todos pendientes de mi acción inmediata: compañeros, adversarios, árbitro, jueces de línea... Y más de cuarenta mil almas invadiendo el cemento del estadio.

Todo eso, sin contar con los espectadores situados allá, donde yo no puedo verles ni sentirles, pero sí intuirles. Los que están presenciando aquel momento a través de la televisión. Expectantes todos. Esperanzados unos, los que sienten mis colores. Temerosos los otros, los que pertenecen al otro club.

Y delante de mí, el principal protagonista de toda la escena: el balón.

El esférico blanco, redondo, situado sobre el punto fatídico.

El *penalty*.

La falta máxima, a punto de ejecutarse. Y yo, el número 9, ante el balón. Esperando el silbato del árbitro para tomar carrerilla, acercarme, golpearlo con la bota y confiar en que entre en las redes enemigas.

El gol.

El gol que lo significa todo: partido, título, victoria. Todo.

Dios mío... Es como volver a vivirlo una y mil veces. Como si ese *penalty* lo lanzase sin descanso, por una eternidad...

Pero no. Eso es pura imaginación. Un sueño horrible y sin fin, una cadena interminable de repeticiones, como en una dantesca moviola que acaba obsesionándome.

Y en esa reiterada imagen que persiste en mi mente, me veo otra vez, como aquella imborrable tarde que marcó mi vida decisivamente...

—¡*Penalty*!

Gritaron todos esa misma mágica palabra.

Todos: mis compañeros, el público, incluso los jugadores reserva de mi equipo, sentados al borde del césped. Me quedé anonadado.

Acababa de caer de bruces en el área mi compañero, el número 10, el interior izquierda. La zancadilla del defensa contrario había sido clara. Ni siquiera protestó, cuando el árbitro avanzó, decidido, señalando el punto de *penalty*.

Sabía que ahora todo dependía de mí. Miré, angustiado, a mi entrenador. Se había levantado del banquillo, excitado. Me mostró su reloj con gestos ostensibles, pero a mí me era imposible verlo desde aquella distancia. Sus dedos se alzaron. Solamente dos.

Dos minutos. Era lo que faltaba para el final del encuentro. El marcador señalaba el resultado que pesaba sobre nosotros como una losa: empate a uno.

Mi compañero McMillan había marcado ese primer gol. Luego, en plena euforia, mientras nuestros seguidores, sin amilanarse por estar en campo contrario, gritaban estentóreamente la palabra «¡campeones, campeones!», repetida entre agitar de banderolas y pancartas, ante el silencio del equipo rival, un error absurdo de nuestra defensa, confiada en exceso. Y el empate.

El jarro de agua fría. La desolación de todos, ante ese empate, faltando solamente quince minutos para el silbato final. Y a partir de entonces, tras unos minutos de total desconcierto, mientras el público rival se mofaba de nosotros y alentaba a los suyos, a quienes el empate les bastaba para mantenerse en Primera División aquella temporada, nuestro ataque a la desesperada, en tromba, buscando romper la fatídica igualada que nos quitaba el título y se lo ponía en bandeja aquella última jornada del Campeonato de Liga a nuestro más directo rival, el Manchester United.

Fallamos al menos tres claras ocasiones de gol por precipitación y nervios. Ya habíamos perdido toda esperanza cuando Welby, nuestro número diez, se filtró en el área, regateó a dos contrarios, se dispuso a fusilar de un zurdazo al portero… y fue trabado por el defensa.

Penalty.

Nadie lo discutió, ni siquiera nuestros adversarios, para quienes la transformación de esa falta máxima en tanto, significaba su descenso a Segunda División sin remedio.

Mis compañeros me miraron de inmediato. Yo era el especialista, después de todo. Yo tenía que lanzar la falta.

Un repentino terror se apoderó de mí. ¿Y si fallaba? ¿Y si aquel balón no llegaba a besar las mallas?

La posibilidad era terrible. Me sentí demasiado responsable en ese momento.

—Cielos, ¿por qué no lo lanzas tú, Welby? —le pregunté a mi

compañero, que se levantaba cojeando, tras la entrada del defensa.

—No, no —rechazó—. Me duele la pierna ahora. Podría fallar. Tú eres el especialista, después de todo. No has fallado ni un solo *penalty* esta temporada. Sería absurdo cambiar ahora...

Miré al entrenador. Me hacía gestos claros. Yo debía ser el lanzador. El árbitro depositó el balón en el punto blanco. Eché a andar hacia el mismo. Me persigné. Mi camiseta color verde y negra estaba empapada de sudor, pegada a mi cuerpo.

El portero se situó en medio de la línea de meta. Se agazapó, a la espera del disparo. Nunca me había parecido más pequeña la portería. Supongo que a él tampoco le pareció jamás tan grande.

—Suerte, Frank —me dijo alguien, no sé quién, palmeando mi espalda—. Recuerda: el título depende de ti ahora...

Asentí, tragando saliva. Diablo, no tenía que recordármelo. Sabía cuántas cosas dependían de mí ahora. Perder el título podía ser funesto para la entidad. Había crisis deportiva y económica en el Club. Yo lo sabía. Lo sabíamos todos.

Me sequé el sudor del rostro de un manotazo. Oí borroso, lejano, el silbato del árbitro. Inicié la carrerilla hacia el esférico.

Impacté mi bota con él seca, duramente, como siempre lo hacía. El balón partió como una bala hacia la meta. Vi que el portero volaba hacia el esférico, negro como un cuervo...

Había cerrado los ojos durante una décima de segundo. Un ¡oooh! brotó de los graderíos. Sentí frío. Nadie cantaba «gol».

Al abrirlos, hubiera querido caer muerto sobre el césped. Los adversarios se abrazaban entre sí y caían sobre su portero, estrujándole materialmente. El árbitro silbó de nuevo, no supe qué.

—Córner —dijo alguien—. Tal vez haya suerte, de todos modos...

Era un compañero mío, desolado, roto, lívido, mirándome con incredulidad. Oí silbidos estridentes en el público. Supe que iban dirigidos a mí.

La terrible verdad se abrió paso en mi mente. Había fallado.

El meta contrario golpeó el balón, desviándolo a córner. No era gol. La última oportunidad se había perdido. Lo sabía cuando fui, sin convicción alguna, a rematar a gol el saque de esquina, Hawkins, nuestro extremo derecho, lanzó bien el córner. Pero no supimos rematarlo ya. Un defensa despejó, alejando el peligro de su

área. Los seguidores del club local jaleaban, alborozados, la que parecía segura salvación de su equipo. Ya no bajarían a segunda. Ni nosotros seríamos campeones…

Cuando el árbitro silbó el final del partido, tras añadir por descuentos casi cincuenta segundos, fue como si todos oyéramos resonar sobre nuestras cabezas las trompetas que señalaban el derrumbamiento final de los cimientos del que había sido durante años un gran Club.

Caí en el césped. Y lloré. Lloré como nunca antes había llorado. Mis compañeros me incorporaron a viva fuerza, me consolaron como pudieron. Pero todo era inútil. Me sentía culpable. Yo había tenido el triunfo en mis botas. Y lo había perdido lamentablemente.

Algunos seguidores nuestros nos arrojaron latas de cerveza y objetos diversos, entre improperios. Oí terribles insultos contra mi persona mientras penetraba en el túnel de vestuarios protegido por algunos *policemen*.

Esa tarde y noche, emisoras de radio, televisión y periodistas deportivos, se ensañaron conmigo, haciéndome preguntas hirientes y dolorosas. Perdí los estribos con uno de ellos, particularmente agresivo con nuestro Club. Y le golpeé.

Tuvieron que sujetarme. Sabía que eso no iba a hacerme ningún bien, pero no pude contenerme. Aunque más tarde presenté públicamente mis excusas al reportero, sabía que me había jugado algo más que un título de Liga aquella desdichada tarde en el estadio ajeno. Los demás periodistas se ensañaron conmigo cruelmente. Tal vez tenían parte de razón. Pero no fueron justos. Los periodistas rara vez lo son. Solo alaban al triunfador y se ensañan con el fracasado.

Aquella misma semana, supe que era baja en el equipo. No solo yo, sino diez jugadores del primer equipo. Se alegaba una reestructuración inmediata del Club y sus posibilidades económicas y deportivas.

Algunos fueron traspasados a otros clubs de primera y segunda División. Yo recibí la carta de libertad. A los veintiséis años, eso no es halagador para un deportista. Me tomé unas vacaciones, sin pensar siquiera en negociar mi ficha con otro club cualquiera.

Cuando quise hacerlo, era tarde. Todos tenían sus plantillas al completo, y nadie parecía dispuesto a fichar para su equipo al

delantero centro Frank Harmond, que había estado a punto de ser campeón de Liga de la temporada anterior. Tuve que conformarme con aceptar una modesta ficha en un club de Tercera División, al tiempo que mi prometida, Sally Scoffield, aplazaba inesperadamente nuestros planes de matrimonio y salía de viaje por Europa con sus padres, dirigiéndome una simple carta de despedida bastante vaga y fría. Tuve la sensación de que era una ruptura.

Y acerté.

En plena temporada ya, me enteré de que se había casado con un joven escocés, a su regreso del Continente, con quien tuviera cierta relación tiempo atrás.

Todos esos hechos me derrumbaron de forma notable y progresiva. Mi Club, esa temporada, bajó de categoría, sin que yo alcanzase más allá de siete tantos en todo el torneo… y ninguno de ellos de *penalty*. Era otro el especialista del club al que encargaban de transformarlos.

También de ese Club me dieron la baja sin esperar a más. Me encontré cesante y sin ofertas. Pese a ser todavía muy joven para dejar el fútbol, pensé en seguir cursillos de entrenador y dedicarme a preparar técnicamente a los equipos.

Mientras tanto, mi club de origen había bajado ese año también a Segunda División. Sus épocas doradas quedaban muy lejos de aquel triste momento en que su supervivencia estaba ya en tela de juicio por aquellas alturas.

Tal vez todo eso es lo que me ha conducido a esta situación actual, en que todo me parece roto, destruido para siempre.

Estoy solo, sin trabajo, sin equipo, olvidado de todos. Y pensando que de mi desgracia y la de mi viejo y entrañable club, donde me hice jugador desde la categoría juvenil hasta el primer equipo, solo una persona tenía la culpa en este mundo.

Esa persona era yo. Solo yo.

Yo… y un *penalty*.

Un *penalty* fallido.

Ahí empezó todo. Ahí, también, terminó todo…

CAPÍTULO PRIMERO

—Frank Harmond... ¿El jugador de fútbol?

—Sí, el mismo. ¿Me conoce?

—¿Cómo no iba a conocerle? —el encargado de la oficina de empleo me estudió con asombro—. Usted fue uno de mis ídolos hace tres temporadas.

—Tres temporadas... —suspiré—. De eso hace ya mucho tiempo.

—Entonces fue máximo goleador de la Primera División.

—No, no —rechacé—. Segundo máximo goleador. A un solo gol del ganador.

—Bueno, es lo mismo. Entonces aquel era un gran equipo... A punto estuvieron de ser campeones de Liga, ¿no?

—Sí, muy a punto —me estremecí, cerrando los ojos. Siempre lo mismo... Dije con dificultad—: Nos faltó un solo punto para ello. Un *penalty* fallido en el último encuentro...

—Oh, cierto, muy cierto —asintió el hombre, enfático. Me miró fijamente—. ¿No fue usted, precisamente, quien lo falló?

—Así es —admití cansadamente—. O yo fallé, o acertó el portero contrario. Esas cosas nunca se saben... Pero el gol no entró. Y perdimos el título.

—Fue muy penoso, sí. Luego bajaron a Segunda, ¿no?

—Ya no estaba yo entonces. Siguen en segunda. Y con dificultades...

—Así es el fútbol, Harmond. Va en rachas, como la propia vida... Y dígame, ¿a qué ha venido aquí?

—Naturalmente, a buscar trabajo —suspiré con tono casi avergonzado.

—Oh, claro, entiendo. ¿Está cesante?

—Sí.

—¿No ha pensado en hacerse entrenador?

—Sí, pero más adelante. Todavía soy muy joven.

—¿Y por qué no juega?

—Dígaselo a los clubs —murmuré amargamente—. No me quieren, eso es todo. Y necesito ganar dinero.

—Entiendo. ¿Qué sabe hacer, aparte de jugar al fútbol?

—Algunas cosas. Estudié, aunque sin terminar nada concreto. Pero puedo colocarme en una oficina, en una empresa cualquiera... Soy buen contable, mecanógrafo, domino algo de taquigrafía...

—Mi querido amigo, todo eso hoy en día abunda demasiado para que le garantice un empleo. Si no domina otras cosas, especialidades diversas de las de hoy día, como informática, *marketing* o...

—No, nada de eso —corté con frialdad—. Cuando un chico se dedica al fútbol desde los catorce años, por muchos estudios que le den no le está permitido llegar demasiado lejos en su aprendizaje de otras materias que no sean deportivas, digan lo que digan luego en los periódicos sobre los estudios de los deportistas y el interés de los directivos de los clubs por darles una cultura a sus muchachos. Todo eso son hermosas y huecas palabras como las de la mayoría de los dirigentes del deporte.

—Sí, entiendo. Pero así va a ser difícil conseguirle algo, créame... —el hombre meneó la cabeza, pesaroso, como si realmente le doliera que me hallase ante problemas tan serios para hallar un empleo decente—. De todos modos, me ocuparé personalmente de su caso. No todos los días, tiene uno un famoso jugador en esta oficina, al que he visto marcar goles inolvidables... Confié en mí, Harmond. Le avisaré en cuanto haya algo. Deme su dirección y teléfono, por favor.

Se los di sin demasiadas esperanzas y me fui de la oficina de colocación tras ser cordialmente despedido por aquel buen aficionado, que aún me recordaba de mis buenos tiempos de jugador de Primera División. El regreso a casa no fue demasiado feliz. Me detuve en un *pub* por el camino, y pedí una jarra de cerveza. Estaba tomándola mientras se oía por la radio la voz de un locutor, retransmitiendo desde Alemania un partido de competición internacional donde jugaban dos compañeros míos de la buena época: uno era Tim Welby, nuestro número diez, el que sufrió aquel famoso y triste *penalty*. El otro, Steve Mulligan, con quien solo había coincidido durante una temporada en el club de mis amores.

Me quedé escuchando las incidencias del encuentro, que no parecía ir demasiado bien para el club británico que participaba en aquel torneo. Los alemanes ganaban por dos goles de diferencia, y

acababa de comenzar el segundo tiempo.

Cosa de cinco minutos más tarde, las cosas habían cambiado notablemente. Welby había marcado un gol de cabeza, y con un solo tanto de diferencia, nuestros compatriotas estaban apretando, en busca de la igualada. El ambiente del local se caldeó en esos momentos.

—¡Bravo, muchachos, acabad de una vez con esos cabezas cuadradas! —bramó alguien, cerca de mí.

Sonreí. Evidentemente, la fobia germana surgía inevitable en muchos ingleses, sobre todo cuando los nervios hacían acto de presencia. Una voz femenina replicó en ese momento, en suave inglés con acento extranjero:

—No ofenda, señor. Gane quien gane, los alemanes están jugando bien. Y muy deportivamente.

Giré la cabeza. No es muy frecuente ver mujeres en los *pubs* de Londres, y menos aún si no van acompañadas. La joven que hablara iba completamente sola. Era rubia, de ojos azules y, posiblemente, su origen fuese teutón, a juzgar por sus facciones y sus palabras. El hombretón pelirrojo, cargado de cerveza, que había hecho el comentario sobre los alemanes, la miró con ojos enrojecidos, se tambaleó torpemente y derramó parte del líquido de su jarra.

—Eh, jovencita, si simpatiza usted con esos nazis, puede largarse cuanto antes de aquí y cerrar el pico —dijo desabridamente.

Hubo algunas risas, pero muchos otros la miraron con reproche. Entre esos me conté yo. Soy un hombre corpulento, atlético y con solo veintisiete años. Pero aquel hombre me llevaba más de la cabeza y su humanidad casi me doblaba. Pese a ello le repliqué con frialdad:

—Oiga, amigo, no ofenda a nadie. Los alemanes que se enfrentan a nuestros muchachos son dignos de tanto respeto como nosotros mismos, mientras no se hagan acreedores a otra cosa por su comportamiento deportivo o humano. Gane quien gane hoy, lo importante, por encima de todo, es la deportividad de unos y de otros. Perdone, señorita, si este energúmeno la ha molestado con sus palabras. Me temo que el alcohol habla por él.

—No se preocupe, gracias —sonrió la joven, mirándome agradecida—. Entiendo bien lo que le ocurre. Pero aunque llevo muchos años en Inglaterra residiendo, mi lugar de nacimiento y mi

padre son alemanes, ¿comprende?

—Claro. Creo que todos aquí comprendemos eso, por encima de las incidencias que trasmita esa radio, señorita.

Su sonrisa se hizo más amplia. Pero en cambio, el patán de la jarra de cerveza llena y los ojos congestionados, no parecía haber comprendido nada. Se inclinó sobre mí y me bañó con su maldita jarra, al tiempo que farfullaba torpemente:

—Eh, no me gustaron su tono ni sus palabras. ¿Sabe que puedo romperle la cara fácilmente, estúpido?

—Inténtelo —le desafié con acritud.

—No, por favor... —comenzó la joven rubia, tratando de evitar la pelea.

Pero ni ella ni nadie podía evitarlo ya. Una manaza mucho más grande que la propia jarra que acababa de dejar sobre el mostrador, se vino sobre mí, cerrada y en forma de mazo, dispuesta a machacarme sin contemplaciones.

Tuve el tiempo justo para apartarme, y su puño se estrelló contra los grifos de cerveza, haciéndole soltar un aullido de dolor. Yo aproveché ese momento para meterle mi zurda en el hígado, secamente, y cuándo se doblaba a causa del dolor, le machaqué con mi puño derecho el mentón, lanzándole atrás como disparado por una catapulta. La gente abrió paso, y su corpachón, rebotando contra las columnas y las mesas, fue a estrellarse sonoramente contra una pared, de la que resbaló al suelo, soltando un resoplido, a punto de perder el conocimiento.

En ese momento, el equipo inglés marcaba su nuevo gol, el del empate, y la gente clamaba, arrojando sus sombreros y gorras al aire. Nadie se preocupó demasiado por el camorrista abatido. La joven de cabello dorado mostró cierta conformidad.

—Lamento haber sido causa de este incidente —dijo—. No tengo nada contra los ingleses, créame...

—No tiene que disculparse —dije—. Sé que no tuvo culpa de nada. ¿Qué le parece si salimos de aquí? Ahora la gente está eufórica con el éxito, y puede haber problemas. Ya sabe que somos un pueblo xenófobo por naturaleza...

Ella rio, asintiendo, y salimos del local, mientras la gente jaleaba el último gol del equipo inglés, y algunos miraban con cierta agresividad a la chica y a mí. Antes de cerrar tras de mí la puerta,

llegué a captar un molesto comentario en labios del cantinero:

—No debió meterse para defender a ningún extranjero. Después de todo, es Frank Harmond, el futbolista… Ahora comprendo cómo está fracasado desde que falló aquel *penalty*…

Sentí una rara amargura en lo más hondo de mí. Pero no dije nada a mi acompañante, que iba caminando a mi lado sin prisas, con mirada distraída.

Fue ella quien, de repente, me dirigió la palabra:

—De modo que es usted jugador de fútbol…

La miré. Ella no me miró a mí en absoluto.

—Sí —admití—. ¿Ha oído lo que dijeron?

—No pude evitarlo. ¿Tenían razón en eso?

—Sí. Por mi culpa, se perdió algo más que un Campeonato de Liga. Mi antiguo Club milita ahora en Segunda División y está a punto de desaparecer. Si aquel día hubiese acertado en el lanzamiento de esa falta, ahora todo sería distinto…

—No puede pasarse la vida pensando en eso. Nuestra existencia está llena de fallos y aciertos, o dejaríamos de ser humanos.

—Puede que tenga razón. Pero también para mí fue decisivo aquel error. Era internacional, tenía un gran porvenir. Todo se acabó ese día.

—¿Ya no juega?

—No, ya no. Milité una temporada en Tercera División. Y no lo hice demasiado bien. Ahora nadie quiere ficharme. Soy un fracasado.

—Está obsesionado con aquel fallo, eso es lo que sucede.

—Tal vez. Pero los demás tampoco lo han olvidado, a lo que se ve.

—No debe pensarlo. Si usted se hunde, los demás procurarán hundirle todavía más. No vivimos en un mundo amistoso ni solidario. Solo los fuertes siguen adelante, debería saberlo.

—Quizá tenga razón, pero no tengo fortaleza suficiente para enfrentarme a los demás ni tan siquiera a mí mismo.

—Tendrá un trabajo, además de jugar al fútbol…

—Pues no, no lo tengo —suspiré—. Mi profesión era precisamente esa: jugar. Olvidé todo lo demás. Me dijeron que ganaría lo suficiente para retirarme un día, a poco de cumplidos los treinta años, con la vida resuelta. Ahora tengo veintisiete y todo sin

resolver. Por fortuna, conservo unos pequeños ahorros de mi época brillante. Pero dejemos de hablar de mí, por favor. Supongo que eso resulta lo más aburrido del mundo.

—No lo crea —sonrió ella suavemente—. Después de todo, es la historia de un hombre que ha sido famoso. Y que todavía puede volver a serlo.

—¿Bromea? Mi momento pasó. Estoy hundido en la mediocridad, en el olvido. Se lo ruego, me gustaría que habláramos de usted y dejáramos de mencionar mis problemas.

—Como quiera. Mi nombre es Ilse Bauman. Me trajeron de muy pequeña a Inglaterra, cuando mi padre vino a trabajar aquí, en una empresa multinacional, y aquí me he educado a la inglesa, aunque siga sintiéndome alemana por completo.

—La entiendo muy bien. ¿Acostumbra a ir siempre sola por ahí?

—¿Por qué no? Me encanta Londres, me gusta recorrer sus calles, tomar alguna cerveza en un *pub*, escuchar por radio un partido de fútbol. Yo soy aficionada. En otra ocasión, siendo más joven, le hubiera pedido un autógrafo —sonrió—. Poseo los de jugadores como Bobby Charlton, George Best o Bobby Moore, ¿sabe? Pero eran otros tiempos. Yo entonces era una chiquilla.

—Mi autógrafo se cotiza poco —sonreí amargamente—. Pero se lo daré, si quiere, un día en que quiera evocar su infancia. Claro que junto a esos nombres, no significará nada.

—Ya está echándose tierra encima —ella dio un taconazo enérgico en la acera—. ¿Por qué no viene a ver a mi padre?

—¿Su padre? —me sorprendí—. ¿Para qué?

—Es el director de su actual empresa en Londres. Y, a la vez, el responsable del equipo de fútbol de la misma. Un simple club *amateur*, claro está. Pero se ha inscrito en la Liga *Amateur* Comercial de la Ciudad de Londres, un pequeño torneo establecido entre empresas con sección deportiva. Tenemos nuestro pequeño campo en la factoría y todo.

—¿Y qué quiere que haga yo allí?

—No lo sé. Supongo que algo de todo. Podría preparar técnica y físicamente a los jugadores, adoptar tácticas, colaborar con el entrenador, ensayar jugadas… En fin, mi padre podría contratarle de algún cargo semejante, compaginándolo, pongamos por caso, con una tarea burocrática dentro de la empresa.

—¿Me está ofreciendo un empleo? —me detuve, mirándola con asombro.

—En cierto modo, sí —sonrió. Y alzó una mano vivamente, cuando yo me disponía a replicar—. Ah, una cosa. Espere a demostrar su orgullo británico después de que yo añada algo más: no le estoy ofreciendo una caridad ni una ayuda compasiva, quede eso bien claro. Mi padre ha hablado repetidas veces de que necesitan un técnico, una persona que sepa de los entresijos del fútbol más de lo que saben los *amateurs* simples. Usted podría ser esa persona y resolverle el problema. Y, por otro lado, existe en la empresa una oferta de empleos diversos desde hace un par de semanas, a la que se están presentando candidatos estos días. Usted será un candidato más. Pero con muchas posibilidades de lograr un puesto, al tener su especialidad deportiva. Mi misión en el asunto se limitará a presentarle a mi padre, mañana en la factoría, y que hablen los dos de la cuestión. Ahora, domine su orgullo y responda sensatamente. Sé que no tiene edad aún para ser entrenador, sino jugador activo. Espero que llegue a serlo en nuestro equipo en un momento de necesidad. Y también un asesor adecuado. Ese podría ser el principio de su retorno a los campos de fútbol, Harmond.

No sé por qué, me tragué en ese momento mi orgullo. Tal vez porque aquella muchachita alemana exponía las cosas con una franqueza rayana en lo desafiante. Pero le sabía dar una cierta ternura a las cosas.

—Está bien —dije—. Por probar, no perdemos nada. Ardo en deseos de darle patadas a un balón y correr sobre un rectángulo de césped. Iré a ver a su padre, señorita Bauman.

—No, Harmond. Solamente Ilse —sonrió, tendiéndome su mano —. Espero que desde hoy, seamos buenos amigos.

CAPÍTULO II

Franz Bauman era un hombre alto, elegante y sobrio, de cabellos grises, mirada suave, de unas pupilas pardas y serenas, expresión cauta y afables modales. Pero en el fondo de todo eso, capté que latía un carácter firme y hasta contundente.

Estrechó mi mano con calor, me estudió mientras le refería a grandes rasgos mi encuentro con su hija en el *pub*, la recomendación de ella y mi propia historia deportiva.

Escuchó con atención, mientras paseaba por el amplio despacho, a través de cuyas ventanas era posible ver la factoría, establecida en los contornos de Londres, en su zona Este, y rodeada totalmente por una alta cerca y verjas metálicas. Una entrada principal y algunas accesorias para salida de mercancías, carga y descarga de material y cosas así, eran también visibles desde mi actual emplazamiento. Pude distinguir, a alguna distancia, tras un edificio alargado, de amplias cristaleras, un campo deportivo de césped bien cuidado, con grádenos donde podrían ubicarse aproximadamente tres o cuatro millares de espectadores. Otra alta alambrada separaba la cancha del resto de la instalación industrial.

—Bien, mi querido amigo Harmond —habló Bauman, con un inglés correcto, pero de suave acento extranjero—. Veo que mi hija le ha advertido previamente que su relación personal con ella no implicará ventaja alguna en que su candidatura sea más favorecida para ocupar un empleo en nuestra empresa.

—Así es —asentí—. Es más, señor Bauman: imagino que tengo escasas posibilidades de conseguir el trabajo. Pero ella insistió, y aquí estoy.

—¿Por qué dice eso?

—Conozco mis limitaciones. Y son muchas. Normalmente, señor Bauman, cuando un muchacho sirve para algún deporte que puede reportar ingresos considerables, todo lo demás se abandona y uno se dedica en cuerpo y alma a practicar profesionalmente esa especialidad deportiva. Cuando llega el momento del fracaso, uno se da cuenta de lo equivocado de esa actitud, pero ya es tarde. Y

uno sirve de muy poco, o casi de nada, cuando la etapa deportiva queda inexorablemente atrás.

—No parece ser usted un hombre con excesiva fe en sí mismo —hizo notar, mirándome con fijeza.

—La he perdido a fuerza de decepciones, señor.

—Es demasiado joven aún para decepcionarse tan pronto.

—Quizás. La carrera deportiva termina pronto. A los treinta años, un hombre es joven para muchas cosas. Y, sin embargo, es demasiado viejo para practicar un deporte, al menos como profesional.

—Mire, Harmond, voy a serle sincero: admito que me interesa contratar a las personas más adecuadas para los puestos que están disponibles en esta empresa. Pero ninguno de ellos es tan fundamental como para sobreponer sus conocimientos en ese terreno a sus posibilidades como deportista. Necesito un técnico que, en determinados casos, pueda incluso salir al terreno de juego con el equipo de fútbol de nuestra empresa, durante el torneo de la Liga Amateur Comercial. Un hombre que ha formado nada menos que en un equipo como el *Lyons Sport Club*, será una atracción y un ejemplo para nuestro conjunto.

—No esté demasiado seguro de eso, señor Bauman. Fracasé en la última temporada del *Lyons* en Primera División. Y no he tenido un brillante papel en Tercera. Ahora, el *Lyons* va a disolverse de modo definitivo. Como verá, no soy persona que aporte demasiada suerte al equipo donde actúo.

—No está poniendo fáciles las cosas precisamente, Harmond —sonrió Bauman, indulgente, meneando su cabeza de teutónico cuello rígido—. Pero creo comprender lo que siente. De modo que hablemos de su posible colocación en esta empresa: ¿cree que será capaz de llevar la contabilidad en el departamento de carga y descarga de material? Se tratará solamente de contabilizar salidas y entradas en el almacén, con indicación de su origen y destino correspondientes.

—Sí, supongo que sí —suspiré—. Si no sirvo para eso, me queda el recurso de ofrecerme al Ayuntamiento de Londres para barrer calles...

—Decididamente, o es usted un pesimista terrible, o le encanta el humor negro —comentó irónicamente Bauman, extendiéndome

un formulario impreso—. Rellene eso, y espere a recibir nuestra decisión en uno u otro sentido. Es cuanto puedo decirle de momento.

—Ya —dije, sin muchas ilusiones.

Rellené el formulario y lo entregué por duplicado en el departamento de Personal de la empresa, tras despedirme de Franz Bauman cordialmente, aunque sin ninguna esperanza. Confieso que volví a casa tan poco confiado como al visitar la oficina de colocación.

Me equivoqué totalmente en esta ocasión.

Solo cuarenta y ocho horas más tarde, recibía una carta con el membrete de la empresa, en la que se me comunicaba escuetamente:

> Ha sido usted aceptado para el puesto de control de almacenamiento. Preséntese mañana a las ocho en punto para comenzar su trabajo.

Me presenté, por supuesto. Y comencé a trabajar. En el almacén. Y también en el campo deportivo.

* * *

La labor en el almacén no era ni complicada ni distraída. Rutinaria, minuciosa y aburridísima. Pero era un trabajo y cobraba por él. Eso ya era algo.

Al terminar la jornada, un grupo de muchachos, todos ellos trabajadores de la empresa, cambiaban sus «monos» o sus indumentarias de faena por el pantalón corto y la camiseta, o bien el chándal deportivo, comenzando a hacer ejercicios en el reducido pero bien cuidado terreno de juego dispuesto dentro de las instalaciones empresariales.

Allá me dirigí yo también. Y conocí a algunas personas relacionadas con mi nueva tarea deportiva. En primer lugar, a Charles Alexander.

Era un buen hombre y, además, lo parecía. Fornido, canoso, de tez curtida y saludables mejillas que enrojecían fácilmente con el ejercicio físico, ojos pequeños y muy azules, y una gorra a cuadros,

que denotaba su origen escocés, echada muy atrás sobre su pelo gris y revuelto.

—Es un placer conocerte, Harmond —dijo—. Estaba en el campo como espectador cuando fallaste aquel *penalty*, ¿sabes?

—¿De veras? —sentí una rara sensación de incomodidad y angustia en la boca del estómago.

—Sí. Yo pensé que ibas a tirarlo por dónde lo hiciste. Hubiera hecho lo mismo que tú, porque el portero estaba con propensión a lanzarse al otro lado. Pero hubiera errado, como tú. Aquel muchacho rectificó sobre la marcha y paró la falta. Eso fue simple mala suerte para ti. Y buena para él.

—¿Eso piensa? —dudé.

—No. Estoy seguro de ello —rio, dándome un palmetazo fuerte en la espalda—. Y sigo estándolo, muchacho. Fue una pena para el *Lyons*. Era mi equipo favorito en aquella Liga.

—Sí, lástima —suspiré—. Ahí terminó su historia.

—Eso nunca se sabe. He oído que va a desaparecer si alguien no responde de sus deudas de la última temporada. Pero es posible que salga un mecenas que sienta los colores verdinegros y salve al club. Yo nunca pierdo las esperanzas, ¿sabes? —se echó a reír de buena gana y me señaló a los muchachos que correteaban por el césped—. Si seré optimista que hasta pienso en ganar la Liga Comercial de empresas de Londres con ese puñado de muchachos que apenas si saben algo…

—¿No es bueno el equipo?

—No digo eso, sino que carecen de experiencia. Será labor nuestra dársela.

—¿Nuestra? Usted es el entrenador, Charles.

—No, no. Yo solo estoy preparando a unos muchachos, con lo poco que creo saber de este deporte llamado fútbol. Necesito a alguien que me ayude. Más que eso, alguien que me oriente y pueda enseñar prácticamente a los muchachos lo que yo no sé llevar a la práctica. Ahí entras tú, Harmond. Espero mucho de ti, tanto técnica como prácticamente. ¿Qué tal si trabajamos en equipo? Ni yo puedo darte órdenes a ti, ni tú necesitarás dármelas a mí, porque discutiremos lo mejor en cada ocasión, y eso se hará.

—Por mí, de acuerdo total —asentí, sonriente—. Me cae usted bien, Charles.

—Y tú a mí, muchacho —rio él. De pronto le vi endurecer algo el gesto y mirar a un determinado punto a mi espalda. Me volví. Vi entrar por la puerta de la valla metálica que circundaba el pequeño estadio a un hombre joven, muy moreno, enjuto y bien vestido, que fue saludado deferentemente por jugadores y espectadores pertenecientes a la empresa. Oí murmurar a Charles Alexander entre dientes—: Esa rata maldita… Ya está ahí, como siempre. Se cree el amo de todo.

—¿Quién es?

—Terence Allyson. Alto ejecutivo de la empresa. Jugador aficionado y técnico según cree. Es vicepresidente del Club. Pero hace y deshace a su antojo. El señor Bauman preside nuestro grupo deportivo, y sin embargo no se inmiscuye apenas en nada. Ven, tendré que presentarte a ese tipo, aunque maldita la gracia que me hace dirigirle la palabra.

—¿No le cae bien?

—Nada de nada. Es un cerdo. No te fíes de él jamás. Lástima que tenga que ser, andando el tiempo, el patrón de todo esto…

—¿El patrón? ¿Por qué? ¿Es socio de Bauman?

—Más que eso: corteja a la hija. Se casará con Ilse Bauman, seguro. Será capaz de todo por conseguir eso, me lo conozco bien.

Me tomó del brazo y me llevó hacia él. Le pregunté por el camino:

—¿Dice que juega también como integrante del equipo?

—Por supuesto. Solo para lucirse ante Ilse y los demás. No es que juegue mal, pero se cree un divo. Siempre ha de ser el primero en todo. Si no, no está conforme.

—Sí, creo que conozco la especie —sonreí burlón, asintiendo.

Un momento después, estrechaba la mano fría y desdeñosa de Terence Allyson. La presentación resultó glacial. Sus negros ojos se fijaron en mí, le vi mesarse el mechón rebelde de cabello negro que le caía sobre la frente, y en el acto noté que había una latente hostilidad inexplicable entre él y yo. Unos momentos más tarde, las causas soterradas de esa animosidad comenzaron a concretarse.

—De modo que el famoso Frank Harmond del *Lyons*… —recitó, con cierto sarcasmo—. Todo un fichaje para el modesto *East End Stars Club*. Lástima que no hubieras sido un jugador del *Crusaders*. Hubiera simpatizado más contigo.

Me había tocado mi punto flaco: el *Crusaders*. Nuestro eterno rival, el equipo que había ganado la Liga el año que nosotros la perdimos por culpa de mi *penalty*. El *Crusaders*. Seguía en Primera División y se burlaba públicamente del hundimiento del *Lyons*. Debí pensarlo. Aquel tipo, Allyson, solo podía ser del *Crusaders*. Y en ese momento, le devolví golpe por golpe, tal vez un poco ingenua y estúpidamente:

—Yo nunca hubiera jugado en el *Crusaders* ni por todo el oro del mundo —repliqué—. Son basura.

Le herí. Vaya si le herí. Y lo gracioso es que todos lo sabían en cuanto me oyeron. El rostro de Allyson se estiró, sus ojos se achicaron, brillantes de ira, y se mordió el labio inferior, mientras me estudiaba hoscamente, como si fuese su enemigo mortal.

—No vuelvas a decir eso, Harmond —me avisó, sibilante—. Aquí, el verdadero amo soy yo, ya irás enterándote. Y no tolero injurias a mi equipo.

—Yo tampoco al mío —repliqué.

—Muy bien, Harmond. Es elogiosa tu fidelidad a ese club a punto de desaparecer. Pero eso debiste pensarlo aquella tarde, cuando fallaste el *penalty*, y no ahora...

Sentí deseos de aplastarle la morena y delgada cara sonriente de un puñetazo. Y creo que lo hubiera hecho. Pero en ese momento, Charles Alexander me tomó de un brazo, muy oportuno, y me ordenó:

—Ven, tenemos que empezar a trabajar en serio y dejarnos de charla, Harmond. Los chicos nos esperan en el césped y se va haciendo tarde...

Tiró de mí casi con violencia, y tuve que seguirle a viva fuerza, lamentando no haber borrado la sonrisa de Allyson a puñetazos. Momentos después, pisaba el verde y jugoso césped del terreno, junto a mi nuevo amigo y colaborador.

—Te quedaste con las ganas, ¿eh? —comentó divertido entre dientes.

—Y que lo diga, Charles —resoplé—. Es un bastardo.

—Claro, ya te lo dije. El inicio de vuestras relaciones no ha sido nada bueno. Pero será peor a medida que pase el tiempo, estoy seguro. Bien, dejemos eso ahora. Hay que tener la mente despejada para pensar solo en el esférico, recuérdalo. Esos chicos necesitan un

buen ejemplo. Y ese, solo tú puedes dárselo ahora. Ponte el chándal, y al ataque. Yo, mientras, les iré dirigiendo unos ejercicios físicos. Lo de balón, depende estrictamente de ti.

Fui a un pequeño vestuario situado al fondo de la grada norte del pequeño campo, y cambié mi ropa de trabajo por un chándal verde y blanco, con el que regresé al terreno de juego, tras calzarme unos borceguíes de mi número, enteramente nuevos, de entre diverso material deportivo allí acumulado.

Y comencé mi tarea al frente del modesto y aficionado conjunto de muchachos trabajadores del *East End Stars Club*, mi nuevo peldaño en el descenso vertiginoso hacia las simas del gran fracaso de mi vida como deportista.

* * *

El primer partido de aquel torneo *amateur* entre empresas londinenses, nos enfrentó a un equipo ya curtido en tales lides, el *Bloodfield Amalgamated*, perteneciente a una empresa de plásticos de Camden Town, al norte de Londres. Jugábamos en su campo la primera vuelta, y eran los favoritos absolutos del choque. Pronto comprendí las razones para ello.

Cada jugador del equipo rival era un fornido muchachote de casi veinte años, y en algunos casos más, aparentemente más aptos para jugar al rugby que al fútbol. Jugaban duro y hasta violento si era preciso, y su defensa resultaba francamente terrorífica. Estaban curtidos en toda clase de añagazas y trucos propios de veteranos resabiados, y en esas condiciones resultaba muy difícil, por no decir imposible, salir airosos de aquel enfrentamiento. Alexander me informó, mientras viajábamos hacia Camden:

—El año pasado nos ganaron por seis a cero. Y lesionaron a tres de los nuestros. El público está encima, chilla mucho, y los árbitros se inhiben de sus brusquedades, influenciados por el ambiente. Ten en cuenta que también nuestros árbitros son simples aficionados que no desean salir de uno de esos campos con la cabeza rota.

Asentí, realmente preocupado. Iniciar el torneo con una goleada en contra, no era precisamente lo más idóneo para levantar la moral de nuestros muchachos ni la mía propia. Supe que el portero de ellos tenía ya veinticinco años, y que uno de los centrocampistas

contaba casi mi edad. Pero Everett hizo hincapié en otro miembro de aquel temible conjunto, un tal Hancock.

—¿Y quién es Hancock? —me interesé.

—El defensa central. Billy Hancock. Mide un metro noventa, pesa al menos cien quilos y es una apisonadora. Ha lesionado él solo a más gente que todos los demás juntos durante la pasada Liga.

—Es toda una esperanza para mí, si salgo al terreno en la segunda parte —murmuré—. Recuerda que juego de delantero centro...

—Lo sé —rio Everett—. Por eso te lo decía, Frank.

La realidad dejó pálidos los alarmantes informes de mi amigo y preparador físico del equipo del *East End*. Cuando salimos al pequeño terreno de juego, una multitud de enfervorecidos «hinchas», casi todos ellos empleados de la factoría de Bloodfield, se hacinaba hasta el borde mismo del terreno de juego. Nuestra salida fue acogida con una pita estruendosa, Yo me senté en el banquillo, con la vociferante masa casi encima nuestro, embutido en mi chándal. Los jugadores de la alineación inicial formaron en el césped, entre improperios y silbidos. Imaginarse allí un *penalty* a favor del visitante, o un gol contra los de casa, resultaba casi de escalofrío.

Lo cierto es que comenzó el partido al fin, en medio de una relativa calma, solo alterada por los gritos de sus enfervorizados *suporters*. Y no pudo hacerlo bajo peores auspicios. A los diez minutos, perdíamos por dos goles a cero, y el campo era un clamor. Se olfateaba la goleada.

—Cambia a Neal —dije entre dientes a Charles—. No puede contener a la delantera enemiga. El extremo izquierdo se escapa siempre que quiere. Y el interior derecha tiene un pasillo muy amplio para sus penetraciones. Si ponemos a Hodges en el puesto de Neal, Foster puede cerrar mejor el lateral y ayudar mejor a los demás defensas.

—Creo que es una buena idea —asintió Charles Alexander, ceñudo. Me miró, tras dar a su banquillo la orden de cambio, y me miró—: Pero ¿cómo hacemos dos goles a esos tipos?

—No lo sé —suspiré levantándome del asiento—. Pero vas a hacer los dos cambios ya. O esto se pondrá peor.

—¿Vas a salir? —se animó su semblante.

—Creo que no hay otro remedio —respondí, quitándome el chándal y comenzando a recalentar en la banda, bajo las risas, improperios y chillidos del público.

Charles hizo los dos cambios de rigor. Ya habíamos quemado nuestras bazas. Salí al campo cuando se iba a lanzar un golpe franco contra nuestra meta. Estuvo a punto de ser gol, y eso hubiera sido el principio del fin para nosotros. La falta fue un auténtico obús disparado por aquella mole que era el defensa central Hancock, pero se estrelló en el poste y fue recogida luego el balón por nuestro meta, en medio de un clamor, primero estentóreo y luego decepcionado.

—De modo que sales a jugar, ¿eh, Harmond? —me silabeó Hancock al pasar a mi lado, de vuelta a su puesto en la defensa. Me guiñó un ojo y amenazó—: Te voy a romper las dos piernas, viejo, en cuanto pretendas acercarte a la puerta...

Supe que lo haría, pero no me asustó. Confiaba en mi habilidad para salvar los hachazos de aquel salvaje.

Lo cierto es que tuve suerte. Hubo algo de revulsivo en el cambio de los dos jugadores por Hodges y por mí. En un contraataque, salimos disparados como flechas hacia el marco del *Bloodfield Amalgamated*. Mi extremo derecho me pasó un balón de oro, y Hancock me tiró un patadón brutal. Salvé su entrada y me encontré solo, en el área, ante el portero contrario, y con el balón en mis pies. Disparé sin vacilar, cuando él iniciaba la salida y Hancock volvía hacia mí, dispuesto a chafarme en la hierba.

Cuando vi entrar el balón en la portería, un silencio sepulcral acogió el tanto. Solo nuestro banquillo jaleó el gol. Recibieron botes, monedas y algunos objetos más contundentes, que rebotaron en el tejadillo del banco.

Había marcado el primer tanto de mi equipo en aquella liga *amateur*. El portero se revolcaba furioso en la hierba, y había yo corrido al centro del campo, jubiloso, para eludir las iras de Hancock y abrazar a mis compañeros.

Supimos aguantar bien las acometidas del contrario hasta el final de la primera parte. El marcador no se movió en esos cuarenta y cinco minutos iniciales, y regresamos al vestuario con un dos a uno alentador.

—Si solo perdemos por un gol o dos, habrá sido toda una hazaña

—comentó Charles, dando masaje a los muchachos, algunos de los cuales mostraban las huellas de los tacos de Hancock en sus piernas.

—Y si empatamos o ganamos, más hazaña aún —comenté, secándome el sudor y aplicando algo de linimento a mi rodilla izquierda, dañada en un encontronazo que, por fortuna, no fue con Hancock.

—¡Empatar o ganar! ¿Aquí? —clamó Charles Alexander—. Muchacho, eso es imposible, tú lo sabes. Suerte hemos tenido que ese gol, al cuarto de hora de juego, les haya desconcertado tanto.

—Tenemos que cerrarnos a defender el resultado —dije a los muchachos—. Pero sin renunciar al contraataque, porque ese dos a uno no nos sirve para nada, excepto para salvar la honrilla, y eso es muy poca cosa en un torneo. Tú, McGee, sitúate en todo momento en tu puesto de defensa lateral, pero permuta con Doyle en cuanto yo lance un balón adelantado en un momento en que ellos acosen con todos sus hombres en busca de la goleada. Y corre con toda tu alma sin vacilar. Yo te seguiré.

Les di algunas instrucciones más antes de regresar al terreno del juego. Ya estaban los jugadores de camiseta amarilla y pantalón negro haciendo ejercicios con el balón en el césped. Nos situamos en nuestros puestos, y comenzó la segunda parte.

El primer cuarto de hora fue de auténtica pesadilla. Los ataques venían en oleadas, disparaban a puerta desde cualquier posición, y bastante teníamos con enviar a córner balones y balones, mientras nuestro guardameta demostraba ser muy bueno, pese a su juventud, parando balones con marchamo claro de gol hasta en seis ocasiones. Milagrosamente, se mantuvo el dos a uno durante esos quince angustiosos minutos de agobiante presión del *Bloodfield*. En una ocasión, Hancock fue al choque conmigo, intencionadamente, buscando acaso la falta dentro del área. Yo eludí el contacto con una finta ágil, que ya había hecho muchas veces en el *Lyons* con tipos así, y él fue a estrellarse contra el poste, desplomándose conmocionado.

Se interrumpió el juego, le pusieron un vendaje sobre un corte profundo en la frente, y su capacidad física y ofensiva mermó bastante.

Eso me permitió salir una vez a la carrera, con el balón, cruzar el campo y adentrarme en el área contraria. El portero, a la

desesperada, se arrojó a mis pies y me atenazó las piernas con sus brazos, derribándome.

El *penalty* era claro. El campo enmudeció.

Pero el árbitro, como bien temía Charles, se tragó la falta. Fingió no ver nada, e hizo claros gestos de que siguiera el juego. Me incorporé, desolado, cojeando.

—Bueno, chico, no te preocupes demasiado —rio el portero, palmeándome con ironía—. Aunque lo hubiese pitado, si lo tiras tú, seguro que lo fallas.

Sentí una profunda rabia. Incluso aquel portero de un equipo *amateur* se permitía el lujo de recordarme el momento de mi gran fracaso. No respondí nada. Regresé a mi área, para defender. Los minutos fueron transcurriendo. El cansancio comenzaba a hacer mella en los rivales y estos, a falta de diez minutos de juego, empezaron a conformarse con el resultado. Después de todo, eran dos puntos para ellos. Cedieron en su acoso, aunque dominando siempre la situación. Mis compañeros también parecían ya resignados por completo. Los minutos transcurrían en un toma y daca monótono, y yo me enfurecía interiormente por no conseguir nada positivo.

Miré al banquillo, tras ser lanzado otro córner sobre nuestra meta, que salvó el portero sin complicaciones. Charles me mostró tres dedos claramente.

Tres minutos. Parecía haber alivio en el banquillo. Todo el mundo allí se conformaba con el resultado. Todos menos yo.

Sacó el portero. Vi venir el balón en parábola por el aire. Cayó a pies de McGee el defensa lateral. Recordó sin duda mis advertencias de antes. Le vi salir como una centella, con el esférico pegado a los pies. Y corrí tras él, mientras tres defensas del Bloodfield se replegaban para cubrirnos. Hancock era uno de ellos. Pero si bien era pesado y violento, esa misma pesadez, unida a su lesión, le daba una torpeza considerable para la maniobra. Tropezó y cayó de bruces.

Le rebasé a la carrera. Ya estábamos en igualdad: dos delanteros contra dos defensas. Tiraron un hachazo a McGee, pero el muchacho saltó limpiamente, salvándolo, y me vio venir como una flecha, vertical a la portería.

Me mandó el balón. Fue un centro medido, preciso. Yo no

vacilé.

Levanté la pierna, empalmando de bolea con mi zurda. Engatillé un trallazo impresionante, desde varios metros fuera del área, cuando los dos defensas venían ya hacia mí a cerrarme el paso. El esférico, como una exhalación, pasó entre los dos. El guardameta se lanzó en *plongeon* a detenerlo.

Ninguno lo consiguió.

Cuando vi el cuero besando las mallas con violencia, grité, cayendo de rodillas y los brazos al aire.

Habíamos empatado faltando poco más de un minuto de juego. Ningún árbitro podía anular un gol así, hecho desde respetable distancia, sin posiciones dudosas ni choque alguno. Asustado, el juez de la contienda señaló el centro del campo tímidamente. El público se quedó tan sobrecogido, que ni siquiera protestó. Hancock, que se ponía en pie lentamente, me miró con ojos turbios y, anonadado, meneó la cabeza. Desolado, el portero fue a recoger el balón.

Me abrazaron todos, en una piña. Charles y los suplentes saltaban de júbilo en el banquillo. Tardíamente, el hombre del marcador subió el «dos» a nuestra casilla.

Era el empate. Un punto de oro, si sabíamos conservarlo en el poco tiempo que faltaba y que, sin duda, el árbitro alargaría todo lo posible para congraciarse con el público.

Pero fue todo inútil. Nos cerramos bien, y ellos habían perdido la confianza inicial en sus fuerzas. Llegaban lentos, exhaustos, y era fácil achicar balones una y otra vez.

Cuando el pitido final llegó, nos pusimos a saltar de gozo. Empatar en Bloodfield, no iba a estar al alcance de muchos en aquel torneo.

Nuestro regreso al *East End* en el autocar de la empresa, fue todo lo contrario de lo que habíamos esperado: cánticos, alegría y camaradería absoluta, eran las constantes entre nosotros. Charles Alexander me abrazó efusivamente y murmuró:

—Gracias a ti, Frank, hemos salvado el partido más difícil de esta Liga. ¿Sabes una cosa? Empiezo a pensar que incluso podríamos ser campeones.

—No vayas tan deprisa —reí—. Solo hemos empezado...

Pero confieso que también yo empezaba a alentar esperanzas.

CAPÍTULO III

Era una fiesta simpática.

Franz Bauman había conseguido que la empresa nos diera aquel festejo, en premio a nuestra hazaña en el terreno de Canden Town, y ya se cruzaban apuestas sobre los goles que podíamos marcarle a nuestro próximo rival, el *Spitalfields Market*, formado por trabajadores del Mercado de ese barrio londinense, en nuestro propio terreno.

Estaba Ilse en la fiesta. Y también Terence Allyson, por supuesto.

Ella vino radiante a felicitarme por el éxito logrado, y me prometió con entusiasmo:

—El próximo sábado estaré en el campo para animaros, Frank. Me han dicho que marcaste dos goles soberbios...

—Tuve suerte, eso es todo —sonreí—. ¿Quieres una copa? ¿O prefieres bailar?

—No, gracias. Estoy con Terence. Se enfadaría si le dejase plantado ahora. Es muy posesivo.

—Ya. ¿Es tu novio?

—¿Novio? —ella se echó a reír—. No, claro que no. No tengo novio, Frank. Soy muy independiente, ya te lo dije. Pero conozco a Terence. Te cogería un odio feroz si viese que prefiero tu compañía a la suya. Y es un hombre que puede perjudicarte mucho. Es vicepresidente de la empresa y se ocupa de toda la sección deportiva.

—Sí, le conozco —asentí—. No parece demasiado feliz por nuestro empate.

—Sabe guardar muy bien sus emociones. Es frío y calculador como una máquina —comentó irónicamente, apoyando su mano en mi brazo—. Te veré luego, Frank. Enhorabuena por todo. Sabía que triunfaríamos contigo.

—Gracias, Ilse —murmuré.

Ella se alejó, regresando al lado de Terence Allyson. Vi la dura mirada del alto ejecutivo fija en mí, con evidente hostilidad. Ni siquiera se acercó a felicitarme. No debía caerle bien. En eso,

estábamos ambos a la recíproca.

—Estás muy solo para ser todo un ídolo deportivo.

Me volví, sorprendido, al oír esa voz. Me quedé mirando a la que hablaba. Era una joven que me era totalmente desconocida. Joven, pelirroja, de llamativas formas y rostro pícaro, en el que los labios gordezuelos dibujaban una sonrisa maliciosa. Tenía ojos pardos y un par de senos realmente increíbles por su firmeza y esplendidez.

—¿Ídolo? —moví la cabeza, sonriendo, en sentido negativo—. Una vez creí serlo. De eso hace ya mucho tiempo. Ahora solo soy un trabajador más en esta empresa.

—No seas modesto —rio ella—. Frank Harmond no es uno más. Me hubiera gustado estar en Camden Town. Creo que ahora no me perderé ningún partido, ni fuera ni en casa. Me han dicho que tus dos goles fueron fantásticos.

—Normales —objeté—. En eso influye mucho la suerte, señorita…

—Belinda Mills. Y no me llames señorita. Somos amigos, ¿no?

—Pues… sí, supongo que sí —admití—. ¿Una copa, Belinda?

—Claro —aceptó encantada, acercándose más a mí. Noté el roce de la punta de sus erectos pechos fijándose en mi brazo. Supe que no llevaba sujetador alguno que contribuyese a esa firmeza—. Y luego bailaremos, si tú quieres.

—Por supuesto. Será un placer bailar contigo. ¿Trabajas también en la empresa?

—Como todos —suspiró—. Estoy en el departamento de ventas. Trabajo cerca de ese tipo, Terence Allyson. ¿Sabes a quién me refiero?

—Claro —afirmé, sirviendo a la muchacha una copa de ponche —. El jefazo, ¿no?

—Y tanto. Bauman no es nada a su lado. Allyson se cree el amo de todo esto. Y acabará siéndolo, sobre todo si encima se casa con la hija de Bauman. La empresa tiene mucho afecto al padre de Ilse.

—¿Y a Allyson?

—Es eficaz y ambicioso. Eso siempre gusta a las empresas, aunque no les sea simpático como persona. Oye, te vi charlar con Ilse Bauman. ¿Es amiga tuya… o algo más que amiga?

—Solo amiga —sonreí—. Y como ves, no tanto como de Allyson.

—¿Celoso?

—No, no —la miré, pensativo—. No hay nada entre ella y yo, te lo aseguro.

—Entonces, podríamos bailar si te parece.

—Por supuesto. Vamos allá. Belinda.

Bailamos. Sentir el cuerpo de aquella muchacha rodeado por mi brazo, pegado al mío, era una sensación agradable. Su carne era tersa y cimbreante. Toda ella desprendía sensualidad latente. Y se adhería a uno como pretendiendo incitar.

—Me gustas —dijo, mirándome—. Me gustas mucho. Pero supongo que eso te lo habrán dicho muchas chicas cuando jugabas en Primera División.

—Eso queda ya lejos. Si me lo dijeron alguna vez, lo he olvidado.

—No seas modesto —me pasó su brazo por el cuello y entreabrió los labios, sin dejar de mirarme—. Seguro que las chicas se volvían locas por ti.

—Bueno, las chicas siempre se fijan en los famosos. Yo entonces lo era. Pero quedó atrás. Fue una etapa de mi vida que prefiero olvidar.

—¿Por qué? Eres aún muy joven, fuerte, buen jugador… Podrías volver a la Primera División.

—¿Volver? No, cielos, eso está pasado para siempre. Nadie vuelve de la nada. No sabes lo que es el mundillo del fútbol. Hay muchas cosas entre bastidores que no se pueden apreciar en el campo, viendo evolucionar a veintidós hombres tras un balón. Mucho más de lo imaginable: intereses, envidias, celos profesionales, ideas preconcebidas sobre las cosas y las personas… Si caes, rara vez te levantas ya. Se te cierran las puertas. Ni entrenadores ni directivos confían en ti. Te olvidan. Es un mundo cruel, Belinda.

—Pero tú no has caído. Sigues marcando goles, dando éxitos…

—Eso solo ocurre aquí, en un equipo aficionado de una empresa. No es la Liga profesional, no es la Primera, ni siquiera la Segunda División. Ni aun la Tercera. Cuando se cae tan bajo, nadie vuelve ya a subir los escalones.

—Pareces avergonzado de jugar aquí…

—No es eso. Es que necesitaba un trabajo. Aquí lo tengo. Y

recuerdo mis buenos tiempos jugando con el equipo de la empresa. Aparte de eso, Frank Harmond ya no existe. El ídolo murió. Ahora solo trato de salvar al hombre.

—Me gustaría ayudarte —musitó—. Me gustaría mucho ayudarte, Frank.

Me miraba con ojos entornados, a través de sus sedosas pestañas. Mostraba sus dientes pequeños y la puntita rosada de la lengua por entre sus labios carnosos. Sus muslos cálidos rozaban los míos en las evoluciones lentas de un bailable.

En un momento en que giré la cabeza, vi a Ilse y a Terence Allyson bailando también, cerca de mí. Él me miró de un modo raro, tras echar una ojeada a la pelirroja muchacha que trabajaba con él. Hubo algo en esa mirada que no me gustó.

O el tal Allyson sentía envidia y celos de cuanto yo pudiese hacer, o bien su interés se dividía entre Ilse y Belinda, porque en aquella mirada suya hacia ella, creí notar algo parecido al deseo.

* * *

El sábado siguiente fue una fecha memorable para el *East End Stars* Club. Vencimos al *Spitalfields Market* por el resultado aplastante de seis a uno, y tuve la satisfacción de marcar otros dos tantos. Se tiró un *penalty*, pero rechacé hacerlo yo. McGee fue el encargado de transformarlo.

Al saber que el más directo rival nuestro en aquel torneo, el *Bloodfield*, había perdido fuera por uno a cero, todos saltamos de júbilo. Al parecer, habíamos logrado mermar la moral de nuestro adversario hasta límites insospechados, con aquel empate inicial en su terreno. Ahora, empezábamos a perfilarnos como los favoritos del torneo.

Después del partido, al abandonar el vestuario entre abrazos y felicitaciones, por considerar todos mis compañeros y entrenador que había sido el revulsivo que necesitaba el equipo, me encontré con Belinda Mills, esperándome a la salida del recinto deportivo, dentro de un pequeño Morris utilitario de color rojo.

—Hola, campeón —saludó risueña—. ¿Subes? Me gustaría que me llevaras a dar un paseo por ahí, y celebrar la victoria con una copa en alguna parte…

Estaba cansado, había sufrido un pequeño tirón en el muslo izquierdo y quería irme a cenar y descansar luego. Pero decidí no defraudar a aquella muchacha que había asistido al encuentro, en primera fila, sin dejar de jalearme y aplaudirme durante todo el tiempo.

—Está bien —dije—. Pero solo un par de horas. Estoy agotado.

—Lo comprendo, Frank —asintió, cambiándose de asiento—. ¿Conduces tú?

—Si no te importa... —sonreí—. Ya no tengo coche, pero sigo recordando cómo conducirlo... ¿Algún sitio en especial?

—El que tú elijas —sonrió—. Estoy en tus manos.

La miré. Su falda se remontaba sobre los muslos. Tenía unas piernas preciosas. Sus senos palpitaban inquietantes bajo una tenue blusa que marcaba sus formas.

Conduje hacia un pequeño y acogedor restaurante que conocía, en Cornhill, junto al corazón mismo de la City. Allí cenamos los dos en una mesita íntima y recoleta, oyendo música ambiental suave. Después fuimos a tomar unas copas y bailar algo más movido y moderno que lo que acostumbraban a tocar en fiestas como la organizada la semana anterior por la empresa.

Las dos horas concedidas se prolongaron en exceso. Eran ya las dos y media de la madrugada del domingo cuando nos dirigíamos a su casa en su Morris rojo, que yo seguía conduciendo. Fue al llegar allí y mirarnos a los ojos cuando no dudé en besar aquellos labios carnosos que me fascinaban.

Ella me rodeó con sus brazos apasionadamente. Sentí palpitar su cuerpo turgente pegado al mío. Al despegar mis labios de los suyos, musitó roncamente:

—Frank, querido, sube a casa un momento. Te invito a una copa...

No podía negarme. Ya no. Y ella lo sabía.

No me negué. Poco después estaba con Belinda Mills en su pequeño apartamento de soltera. Tomé una copa, sí, Pero no todo podía reducirse a eso. Ya no. Lo sabía desde el momento mismo en que me pidió subir a su casa. No podía ocurrir de otro modo.

Abandoné su casa cuando amanecía. La dejé durmiendo apaciblemente entre las sábanas revueltas, desnudo su turgente, curvilíneo cuerpo, que yo había gozado aquella noche ampliamente.

Y que ella me entregó, al parecer tan feliz como yo mismo.

Clareaba más allá de los edificios londinenses, en una quieta mañana nubosa de la ciudad, cuando detenía un taxi en la cercana esquina, dándole mi dirección. Antes de abandonar el lugar, vi un coche azul, un Aston Martin, que había estado aparcado frente a la casa cuando yo salí de ella, rodando lentamente hasta maniobrar y situarse ante su puerta.

Miré, entre curioso e intrigado, por la ventanilla posterior del taxi. Vi salir del automóvil azul a un hombre a quién conocía harto bien. Me sorprendió su presencia allí en esos momentos.

Era Terence Allyson, el vicepresidente de la East End Inc.

Estuve dudando entre hacer regresar al taxi o no, intrigado por el papel que Allyson podía representar en la vida de Belinda Mills. Pero ella, después de todo, no era nada mío. Solo una compañera de trabajo y una muchacha que había sentido, tras una noche en mutua compañía, el deseo de compartir su lecho conmigo por unas horas. Nada más que eso.

El taxi siguió su recorrido. Pero yo no pude dejar de pensar en Terence Allyson, pese a que mis esfuerzos en el campo de fútbol y en el lecho habían dejado su huella en mí. Cuando por fin cogí mi propia cama, me hundí en un profundo sopor que duró casi todo el día festivo. Soñé con el partido que jugara el sábado anterior. Y con Belinda.

Pero también soñé con Terence Allyson, que sonreía espiándonos. Y el sueño se convirtió en pesadilla.

* * *

El lunes, al reanudarse el trabajo en la factoría del East End, todos los comentarios giraban sobre un mismo tema: nuestra victoria sobre el *Spitalfields Market* y el primer puesto en la clasificación, que compartíamos con el próximo rival nuestro en campo contrario, el *Fresh Fruits* de Lambeth, un equipo de una empresa embotelladora de refrescos muy populares en Inglaterra. A partir de ahora, ese era el enemigo a batir, al menos momentáneamente.

Recibí abrazos, felicitaciones y frases de ánimo de casi todo el mundo. Ese día mi trabajo en el almacén, registrando entrada y

salida de mercancías, resultó más llevadero que otras veces. Empezaba a ser una persona popular entre mis compañeros de empresa. Me sorprendió no ver en toda la mañana a Terence Allyson en el almacén ni en sus cercanías, ya que era muy dado a visitar con frecuencia las dependencias en una labor implacable de inspección.

Procuré hacerme el encontradizo con Belinda Mills durante el almuerzo en el comedor de la empresa. Recogí en mi bandeja un plato de cordero con arroz hervido, ensalada y pastel de frambuesa, dirigiéndome a una mesa donde se hallaba sentada ella sola, inclinada sobre su propio menú.

—Hola —saludé afectuosamente, sentándome frente a ella.

Intentó desviar la cabeza de modo fulminante, pero no le era posible estando el uno ante el otro. Lancé una imprecación al ver su rostro aquel mediodía.

—Infiernos, ¿qué es eso? —pregunté, descompuesto—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Nada —musitó, evasiva—. Me caí. Fue un accidente tonto, Frank. Pero estoy bien, no te preocupes. No deberlas sentarte aquí. No es correcto.

No le respondí a eso. Estaba demasiado interesado contemplando las huellas de su cara. Hematomas amoratados, rasguños, una huella profunda bajo el ojo izquierdo, el labio partido en una comisura... También había un pequeño adhesivo aplicado sobre la sien, junto al nacimiento de su cabello rojo.

—¿Quién te ha hecho eso? —pregunté.

—¿Hacerme? ¿Qué? —se sobresaltó ella, fingiendo extrañeza—. Te he dicho que me caí. Fue accidental, Frank. ¿Me quieres dejar comer en paz?

Miré su bandeja. Se había servido solamente un poco de caldo con fideos y una ensalada. Extraño menú. Y apenas lo había probado. Era obvio que no sentía apetito.

—¿Fue Terence Allyson? —indagué bruscamente.

Di en el blanco. Ella no esperaba una pregunta así. Noté su respingo. Me miró casi asustada. Perdió algo de color y temblaron sus manos sobre la mesa. Yo no necesitaba ya más para tener una respuesta, pese a lo que dijo de inmediato, con tono desabrido:

—Te dije que me dejaras comer en paz, Frank. Lo que has dicho

no tiene sentido. ¿Por qué tendría mi jefe que causarme daño alguno?

—Eso me pregunto yo. ¿Por qué tuvo que ir a tu casa la pasada mañana, pongamos por caso?

Me miró con angustia. Su voz tembló ostensiblemente:

—¿Por qué me espiabas? No tenías derecho a eso...

—No te espiaba. Él no fue demasiado discreto, eso es todo. ¿Qué pasa con él, Belinda? ¿Existe algo entre los dos?

—Eso no te importa, Frank —se irritó—. Déjame en paz con mis asuntos. Igual que te recibí a ti en casa, tengo derecho a recibir a otros hombres.

—De acuerdo. Pero no tolero que ninguno de esos hombres te haga daño. Y menos si el tipo en cuestión es Allyson.

—No es Allyson —suspiró—. ¿Te basta eso?

—No —negué, apartando la bandeja—. Voy a preguntarle a él directamente.

—No, eso no, por favor —rogó, sujetándome el brazo con un gesto casi desesperado. Vi la implorante expresión de sus ojos, fijándose en mí—. Frank, no cometas errores. Enfrentarse a él es jugarse el puesto. Te despedirían. Y necesitas este trabajo. Necesitas el equipo de fútbol, tú me lo dijiste...

—Pero no a cierto precio —rechacé, airado—. ¿Te pegó por estar conmigo? Dímelo o lo averiguaré a mi manera.

—Está bien —musitó, vencida. Me señaló el asiento—: Por favor, quédate ahí. Te contaré lo que ocurre. Pero prométeme que no harás ninguna tontería.

—No te prometo nada. Intentaré contenerme, eso es todo lo que puedo decir.

—Frank, nadie puede hacer nada contra Allyson. Es todopoderoso. Corteja a Ilse, pero la sobrina del propietario de esta empresa anda tras de él como una loca. Si él sugiere algo al Consejo de Administración, se hará a rajatabla.

—¿Quién es la sobrina del amo?

—Deborah Morgan. Nigel Morgan es el dueño de esto y preside el Consejo de Administración. Su sobrina hace lo que quiere. Y está dispuesta a cazar a Allyson como sea. Si él le pide algo a ella y al tío, ellos lo harán posible. Como ves, nada se puede hacer contra él.

—Explícame lo de esos golpes, su visita a tu casa...

—No hay nada que explicar. Me obligó a entregarme a él a cambio de mi empleo. Nunca he sido una santa ni lo he pretendido. Por eso accedí. Gano un buen sueldo y he salido de una difícil situación. El trabajo hoy en día no abunda, tú lo sabes. Hay que pagar siempre un precio por todo, Frank.

—Miserable… Y te pegó ayer…

—Lo hace a veces. Le gusta hacer daño a los demás. Es de esa clase de tipos —rio amargamente ella—. Pero esta vez se propasó más que en otras ocasiones. Parecía muy furioso por haberte visto salir de casa. Me hizo jurar que nunca volverías conmigo. Tuve que prometérselo. Por eso te dije que no está bien que almuerces aquí conmigo. No me hace ningún bien.

—Lo siento —me levanté, decidido, apartando la bandeja intacta —. No quiero causarte problemas. Pero los que yo me busque serán cosa mía, Belinda.

—No, Frank, no —me suplicó—. No hagas locuras…

Me alejé, sin responderle nada. Crucé el comedor como una exhalación. Ni siquiera atendí a palabras amistosas de felicitación de otros compañeros. No sé si el azar, la mala suerte o lo que fuese, hizo que en ese momento apareciese en la entrada del comedor el propio Terence Allyson, sonriente y recogiendo también nutridas felicitaciones por el éxito deportivo del club que él dirigía.

Nos encontramos justo ante el corredor que se formaba entre el mostrador del *self-service* y la salida. Él tomó una bandeja y servicios para almorzar. Me miró fijamente al llegar ante él. Sonrió, con aire algo desdeñoso.

—Enhorabuena, Harmond —me dijo—. Para el *Lyons* no servirás, pero en nuestro modesto equipo lo estás haciendo bastante bien…

Era lo que me faltaba aquel día. No vacilé lo más mínimo.

Disparé mi puño derecho como un cartucho de dinamita, que fue a estallar en su mentón, borrándole de cuajo la sonrisa en un rictus de dolor y sorpresa. Saltó despedido hacia atrás, derribando su bandeja, vaso, cubierto y servilleta, ante el pasmo general. Aún no había vuelto a poner los pies en el suelo cuando le alcancé con la zurda y le arrojé dando tumbos contra la barandilla de metal cromado que me separaba del mostrador de platos. Destrozó una vidriera con la cabeza, se tambaleó como si estuviera borracho y

acabó desplomándose como un fardo entre vidrios rotos, bandejas de material plástico y vasos de cera, como un pelele.

—Dios, muchacho, ¿qué has hecho? —me dijo alguien—. Has pegado al jefe… Esto te costará el empleo…

—Ya lo sé, maldita sea —dije, contemplando con rabia al caído —. Es un precio muy pequeño por quitarle a ese bastardo la sonrisa de su sucia cara.

Y salí dando un portazo, ante el asombro general. Ni siquiera me dirigí al almacén. En vez de eso tomé el camino de los vestuarios de personal, para recoger de mi taquilla, mis ropas y abandonar la empresa.

CAPÍTULO IV

Franz e Ilse Bauman me contemplaban con fijeza. Era evidente que no estaban ninguno de los dos del mejor humor, pero también había en su gesto una cierta corriente de simpatía hacia mí, que me hizo sentirme algo mejor.

—Es una difícil situación, Frank —me confesó Ilse con cierta tristeza.

—No tiene nada de difícil —repliqué—. Ya he dicho que marcho ahora mismo. No voy a crear ningún problema más. Pueden descontarme de mi salario los daños sufridos en el comedor. No voy a discutir ese punto en absoluto.

—No es eso, Frank —suspiró el padre de Ilse, conciliador, acercándome a mí y poniendo una mano en mi hombro—. Las cosas no son nunca tan simples como usted imagina. ¿Ha visto hoy los diarios?

—No. No tuve tiempo de eso —dije, algo seco.

—Pues veamos. Figuramos en la página deportiva de todos ellos. Y el *Sport Weekly* llega a más —me abrió ante los ojos las páginas centrales en color de ese semanario deportivo.

Vi con propios ojos los grandes titulares a doble plana:

> «EQUIPO *AMATEUR* DE TORNEO EMPRESARIAL, CATAPULTADO HACIA LA FAMA POR OBRA Y GRACIA DE UN FAMOSO VENIDO A MENOS. ¿ES FRANK HARMOND EL ARTÍFICE DE LOS ÉXITOS DEL *EAST END STARS*?»

Allí aparecía mi fotografía, con la camiseta verdinegra del *Lyons*, así como varias imágenes del partido del sábado anterior y una vista general de la factoría.

—Esto ha gustado mucho al señor Morgan —me dijo Bauman, ante mi silencio, dejando el periódico sobre la mesa—. Es una gran publicidad para la firma. No le gustará saber que el milagro se ha roto apenas iniciado.

—Pues me temo que no hay nada que hacer —suspiré—. Todo el mundo pudo ver cómo sacudía a ese maldito Allyson.

—Pero lo hizo en las horas que no son laborables: las de la comida —señaló Bauman, pensativo.

—¿Y eso cambia las cosas, siendo durante la jornada laboral, y dentro de la propia empresa? —dudé.

—Reglamentariamente, no. Pero podría buscarse una solución, si usted pide perdón a Allyson públicamente... y él se lo concede, claro está, mediante la presión del propio señor Morgan.

—No hay arreglo —rechacé—. No pediré perdón a ese individuo, señor Bauman.

—Pero Frank, ¿por qué haces esto? —terció Ilse, disgustada—. ¿Solo por esa chica, Belinda Mills? Ella no es suficiente razón para que tires todo por la borda. Es solo una chica algo casquivana, que ha tenido numerosas aventuras con otros hombres...

—Me tiene sin cuidado lo que sea —atajé—. Allyson la golpeó, ella misma me lo ha confesado.

—Si ella denunciara eso oficialmente, la cosa sería distinta —señaló Bauman, ceñudo—. Pero sé que no lo hará. He hablado con ella. Está asustada.

—Allyson es quien la asusta.

—Tal vez. Pero no puede hacerse nada sin denuncia. Y ella no la presentará. Frank, ¿por qué no cede un poco y salvamos la situación? Usted necesita este empleo. Y el equipo de la empresa le necesita a usted.

—Lo siento —suspiré, incorporándome—. Ya le dije que era difícil solucionarlo. Me voy. Gracias por todo, señor Bauman. No pudo ser.

Le tendí la mano. Él me miró, casi furioso. Su obstinación germana asomó a su rostro ostensiblemente. Pegó un golpe seco en el suelo con su tacón, como si fuese un soldado saludando a la antigua usanza.

—¡Qué diablos, no permitiré que eso ocurra! —bramó—. Es usted un condenado cabezota, Frank Harmond, pero me cae bien y voy a interceder por usted. Abriremos un expediente disciplinario. De momento, eso le permitirá continuar en la empresa. Dejaremos que las cosas sigan su cauce. Alegaré que su incidente con Allyson fue fuera de las horas de trabajo y, por tanto, susceptible de

interpretación distinta a la habitual en tales casos. Allyson pondrá el grito en el cielo, lo sé. Pero yo también tengo mis influencias en la empresa, y sobre todo sabiendo que el señor Morgan está encantado con el hecho de que los periódicos se ocupen de nosotros hoy con tal lujo tipográfico. No prometo nada, Frank, pero pararé en parte el golpe y demoraré sus posibles consecuencias. Así, es posible que ganemos dos o tres meses, el equipo vaya a más... y Nigel Morgan decida que vale más mantener en el equipo y en la empresa a un hombre como Frank Harmond. ¿De acuerdo?

—Si usted quiere jugar fuerte... —moví la cabeza—. Pero eso puede complicarle a usted mismo, dentro de la empresa.

—Eso es cuenta mía —sonrió Bauman, tendiéndome la mano ahora—. Usted y Alexander, estudien el partido del próximo sábado en Lambeth. Si ganan allí, puede ser nuestra mejor arma contra Allyson, muchacho.

Le estreché esa mano cordialmente.

—Gracias, señor Bauman —murmuré—. Es usted una gran persona, palabra. Procuraré no dejarle en postura demasiado desairada.

—Sé que lo hará así. Por eso confío tanto en usted, muchacho.

Ilse no había hablado en todo el tiempo. Salí de la oficina con ella. La miré, parándome en el corredor.

—¿Y tú? —murmuré—. ¿Qué dices?

—Nada. ¿Qué esperas que diga? —me miró algo fría—. Después de todo, lo has hecho por otra mujer. Una chica que no merece que un hombre como tú se lo juegue todo tan estúpidamente. Creí que eras más inteligente, Frank.

—Nunca dije que fuese un cerebro. Los futbolistas solo tenemos piernas —dije, sarcástico—. ¿Es que no lo sabías, Ilse?

Y me alejé, dejándola pensativa y con gesto sombrío en medio del pasillo.

* * *

El terreno del *Fresh Fruits* de Lambeth era amplio y confortable. El público mucho menos chillón que el del *Bloodfield*. Esta vez no nos enfrentábamos a la fuerza bruta de un equipo violento y físicamente poderoso, sino a unos jóvenes con buena técnica y

excelente preparación, capaces de darnos un serio disgusto a poco que nos confiáramos. Tenían, sobre todo, un portero muy seguro, un buen centro del campo y una tripleta delantera muy eficaz y rápida. Alexander nos lo avisó durante el viaje a Lambeth, a través del centro de la ciudad:

—Recordad que si descuidáis la defensa, puede sernos fatal. Se mueven como diablos y tienen un remate fácil. Marcarles gol es difícil, no porque su defensa sea gran cosa, sino porque ese muchacho, Giles, es un gran portero. Atacad, pero cuidando mucho el repliegue. Frank, ¿qué tal si hoy jugases de delantero centro en posición retrasada, partiendo desde atrás como media punta, en apoyo de los extremos y de un interior adelantado?

—Sería una buena medida —acepté—. Estaba a punto de sugerirla, Charles.

—Pues no se hable más del asunto —dijo Alexander—. Confío ciegamente en ti. Tú dirigirás al equipo en el centro del campo, Frank.

Llegamos al estadio de Lambeth, situado dentro del recinto empresarial, como ocurría casi siempre. La entrada era nutrida, pero no llegaba al lleno, quizás porque disponía de un graderío excesivo para una simple empresa comercial. Al ir hacia el vestuario, Alexander dio un respingo y me tocó el brazo.

—Mal asunto —murmuró entre dientes.

—¿Por qué? —indagué, extrañado.

—Mira: han cambiado de delegado del club a última hora. No ha venido Larry Scott, de Personal, como casi siempre que viajamos fuera. Nada menos que Terence Allyson en persona será hoy nuestro delegado…

No me gustó la noticia. Alexander tenía razón. Vi a Allyson, impecablemente vestido, bajar de su Aston Martin azul, e introducirse en vestuarios. Tuve el presentimiento de que algo raro iba a suceder aquel sábado. Y acerté.

Fue la hora de saltar al campo. Charles y yo habíamos tenido la idea de incluirme en la alineación ya de salida, para evitar sorpresas desagradables. Estaba saltando y correteando, para entrar en calor, dentro del vestuario, cuando apareció Allyson, con su brazalete de delegado del *East End Stars* en aquel desplazamiento, y manifestó con voz firme, rotunda:

—No salga al campo, Harmond. Usted no juega hoy.

Me quedé rígido. Charles Alexander se revolvió vivamente.

—¿Qué ha dicho? Supongo que hablará en broma, señor Allyson...

—Yo nunca bromeo en cosas así —cortó el otro, borrando mi nombre de la pizarra de un manotazo—. Frank Harmond no juega hoy. Que le sustituya Jim Heywood.

—¿Yo? —balbuceó Heywood, aturdido—. Pero señor, no soy el más adecuado para...

—He dicho que saldrá usted. Quítese el chándal. Es una orden.

—Señor Allyson, el entrenador aquí soy yo —objetó Alexander, ofendido.

—Y yo el delegado del club. Este no es un equipo profesional, Alexander. Quien manda aquí soy yo, no usted. He tomado una decisión. Obedezca, o aténgase a las consecuencias, eso es todo.

—Sí, señor —silabeó Charles, palideciendo—. Pero será el último partido en que yo entrene. Dígale esto al señor Bauman y al señor Morgan.

—Se lo diré, descuide —sonrió desdeñoso Allyson.

McGee me miró angustiado al acercarse a mí.

—¿Qué hacemos ahora, Frank? —murmuró—. Sin ti ahí fuera, no vamos a tener ni idea para detener a esos chicos...

—Animo, McGee —sonreí—. Lo haréis bien, estoy seguro. Recordad las instrucciones y ateneos a lo planeado. Explica a Heywood su papel. Y suerte...

McGee se alejó de mí con cara de funeral. Fue una salida silenciosa, sombría. Allyson esperó a que saliera el último de ellos. Me miró, glacial, con su insoportable sonrisa, que su corte en el labio, recuerdo de mis golpes, no podía impedir.

—Ganaremos sin ti, Harmond —silabeó—. No quiero correr el riesgo de que falles otra vez un *penalty*. Eso estuvo bien con el *Lyons*, pero no con nosotros...

Salió, cerrando de golpe. Me costó dominarme y no correr tras él para machacarle de nuevo la cara al borde del césped, ante casi cinco mil espectadores. Si no lo hice, fue por Franz Bauman. No podía fallarle otra vez, después de lo que hizo por mí.

Me senté en el banquillo del desierto vestuario, oyendo con rabia y con dolor los gritos del público, el silbato del árbitro, el

inicio del juego…

Con el rostro hundido entre las manos, tuve que escuchar por tres veces el clamor general de aquel estadio, gritando estentóreamente:

—¡Gol! ¡Gol! ¡Gooooooool!…

Y solo una vez, tristemente, calló el público cuando algunos pocos coreaban un gol forastero, el nuestro.

Cuando en el descanso entraron mis compañeros, McGee venía cojeando, sangrante su rodilla. Demudados, silenciosos, se acomodaron todos en los bancos, mirándose entre sí desolados y mirándome a mí con un gesto de rabiosa impotencia.

—No puedes salir en la segunda, McGee —dijo Charles, tras examinar su herida—. Sacaremos en tu puesto a Dobson. Ya has oído, prepárate.

Dobson asintió. Charles vino a sentarse a mi lado. Puso su mano en mi hombro.

—Lo siento, Frank —murmuró—. Insisto en mi decisión. Me voy de todo esto. Lo de hoy es indignante, vergonzoso. Nos están barriendo ahí fuera.

—Tres a uno, ¿no? —susurré, angustiado.

—Sí. Y menos mal. Pudieron habernos metido un saco. Solo hemos tirado tres veces a puerta. Los muchachos se han hundido sin ti. Esto está sentenciado ya. Y todo por culpa de ese miserable.

—Domínate. Si le tocas, te despedirán de la empresa, Charles —le avisé—. Allyson sabía que podía jugármela. Y lo hizo. Si le pego ahora, no solo pondría en evidencia a Bauman, sino que tampoco resolvería ya nada. ¿Dónde está ahora ese cerdo?

—En tribuna, con la hija de Morgan. Le ha dicho que estás algo tocado y por eso no juegas.

—Entiendo —dije lentamente, yendo a cambiarme definitivamente de ropa—. No me quedo a ver esto, Charles. Ni deseo oírlo siquiera. Me voy fuera, a cualquier bar de los alrededores. Allí esperaré al final.

Charles no dijo nada. Se limitó a asentir, incorporándose y animando a los demás a salir en la segunda parte a por todas. Me pareció que nadie vibraba con esas frases de estímulo. Estaban vencidos de antemano.

Me quedé en el vestuario con McGee, que se vestía lentamente,

cojeando cada vez más. Ambos nos miramos en silencio. Oímos el silbato del árbitro. Había empezado la segunda parte.

—Nos meterán al menos seis —sentenció lúgubremente McGee —. Lo presiento, Frank. Si tú salieras, aún habría esperanzas. Solo se ha hecho un cambio hasta ahora…

—No podría salir. Charles se jugaría el puesto. Y yo también.

La puerta del vestuario se abrió. Miramos hacia ella. Terence Allyson entraba en esos momentos. Nos miró, con su sarcástico gesto de siempre.

—¿Qué haces aquí todavía, Harmond? —me espetó—. Estoy harto de ti. No pararé hasta verte fuera de la empresa.

—Es usted un bastardo miserable —repliqué—. Está hundiendo al equipo por su propia culpa. ¿Tanto odia al *Lyons*? Es eso, ¿verdad? Desde un principio fue eso. Para usted, yo represento al *Lyons*, tan odiado por la gentuza del *Crusaders*. Y por si fuera poco, le quité la chica y luego le sacudí de firme ante todo el mundo, y sigo en la empresa. ¿Eso le duele hasta el extremo de querer destrozar el equipo?

—Miserable —me acusó, rabioso, yendo hacia mí—. Me golpearías otra vez, ¿no es cierto? Vamos, hazlo y estarás despedido de una vez por todas. Pégame y todo habrá terminado para ti, trabajo y fútbol. Eres un fracasado, una ruina que se arrastra por esos campos de ínfima categoría, como le sucede a tu viejo y despreciable club. ¿No vas a pegarme por todo esto que te digo, basura?

Me dispuse a pegarle, sí. Y con todas mis fuerzas. Levanté la mano, cerré el puño, le pedí mentalmente perdón a Franz Bauman, y me dispuse a romperle de una vez por todas su miserable faz.

McGee me evitó eso. Estaba a su espalda. Tomó un termo de café y lo estampó en su cabeza, con todas sus fuerzas. Allyson osciló, puso sus ojos en blanco y se desmoronó como un fardo, a pies de nuestro fornido y rápido defensa lateral. Miré con asombro a mi compañero. Él sonrió, enarbolando aún el contundente objeto.

—Aún es tiempo, Frank —dijo—. Sal deprisa, pide el cambio a Charles. Salta al campo y juega. Yo me cuido de que este cerdo no se mueva hasta el final del partido. Vamos, ¿a qué esperas, maldita sea? ¿A que metan ellos el cuarto gol?

—McGee, muchacho… —le miré, asustado—. Te echarán por

esto…

—¿Y qué? —rio, encogiéndose de hombros—. Después de todo, tú haces más falta que yo en el equipo, Frank. ¡Ve, no pierdas tiempo!

Corrí a la salida del vestuario. Antes de salir, me volví y le hice una promesa:

—No he visto nada, McGee. Si me preguntan, le diré a todo el mundo que Allyson resbaló en los escalones y se cayó. No te salgas de esa historia y nada te pasará, amigo…

Sonrió él, asintiendo. Yo salí fuera. Corrí, pegando a la banda, hasta el banquillo. Salté al interior. Charles Alexander me miró asombrado.

—¿Qué ocurre? —indagó—. ¿Qué haces tú aquí?

—Quiero salir, Charles.

—Cielos, ¿y Allyson? Nos echará a los dos…

—No te preocupes por él. Está en el vestuario. Sufrió una caída. McGee le está atendiendo. No volverá en sí en bastante tiempo. ¿Por qué no lo intentamos?

—Infiernos, claro que sí —rezongó—. ¿Por qué no intentarlo? Suple a Heywood. Lo está haciendo bastante mal el pobre muchacho… Y que Dios te ayude.

—¡Amén! —sonreí, anudando mis borceguíes al borde del terreno.

Dos minutos más tarde, Jim Heywood salía del terreno, deseándome suerte, y yo saltaba al rectángulo de césped, ante la sorpresa y esperanza de mis compañeros. Faltaban treinta y cinco minutos para terminar el partido, y seguíamos teniendo un desalentador tres a uno en contra. La situación no podía decirse que fuese de lo más esperanzadora.

—¡Vamos, al ataque, pero amarrad bien el centro del campo! —apremié a mis compañeros, dando palmadas con energía—. Aún podemos darle la vuelta a esto…

La baja de McGee se notaba en la defensa. Hice que fuese a reforzar ese punto otro jugador, para evitar las peligrosas incursiones de su escurridizo extremo derecho una verdadera amenaza sobre nuestro marco. Tras resolver una apurada situación en nuestra área, recibí un balón en buenas condiciones. Lo jugué en profundidad, sorteando a dos contrarios y pasando luego a la

derecha, donde nuestro número 11 lo controló, dirigiéndose al ángulo de córner para centrar. Seguí la jugada atentamente, y me filtré entre la defensa.

El extremo centró cerrado. Salté de cabeza, metiéndome entre la cerrada defensa. El portero alargó el puño para quitarme el balón de la testa. Conecté el cabezazo en ese momento.

Caí al suelo, entre varios jugadores. Tardé unos segundos en escuchar los gritos de nuestros seguidores y comprender que acababa de reducir distancias. Había marcado el segundo gol del *East End Stars*.

Fue el espolonazo que necesitaba nuestro equipo. Todo se alteró en pocos minutos. Ordené a mis camaradas que no se fuesen alegremente al ataque. E hice bien. Los de Lambeth se lanzaron a una ofensiva encaminada a remachar su ahora exiguo triunfo. Nuestra defensa les contuvo.

Justamente a los treinta y dos minutos de la segunda parte, nuestro interior derecho pudo escapar del marcaje a que estaba sometido y se adentró en el área. Le zancadillearon cuando regateaba al segundo defensa. Temblé.

—Dios mío, no —gemí—. *Penalty* ahora, no...

Sin McGee en el terreno, su especialista, me exigirían que lo tirase yo. Y eso era demasiado...

Hubo suerte. Mi compañero, al ser trabado y caer, pudo impulsar el balón con la rodilla cobre la salida desesperada del meta. El balón, mansamente, entró en la portería pegado al palo.

¡Empate!

El tres-tres subía al marcador, con doce minutos por delante. El banquillo era un clamor. El público, deportivamente, aplaudía la jugada. Nos replegamos, esperando otra previsible ofensiva en oleada, con la que el *Fresh Fruits* intentase romper la igualada. Y así sucedió.

Hasta el minuto cuarenta, el acoso contrario fue agobiante, arrollador. Vi al portero detener dos balones con marchamo de gol. Otro balón pegó en el larguero y lo pude despejar apuradamente a córner. Se sacó sin consecuencias, y el portero nuestro se apoderó del esférico.

Me lo pasó a mí. Rápido, me desplacé hacia la izquierda, donde había pocos efectivos enemigos en ese momento. Pasé el balón al

medio derecha, que me lo devolvió entre dos contrarios, en una pared perfecta. Como una flecha, volé hacia adelante, cruzando la línea central del campo.

Me salió un centrocampista al encuentro. Lo dejé atrás con un regate seco, y seguí avanzando con zancada rápida, pegado el balón a mi pie. Empezaba a perder fuerzas, notaba lo prolongado de la jugada en mis piernas, pero seguí adelante por una sencilla razón: estaba absolutamente solo en terreno enemigo. Ante mí, un defensa y el portero. Y todavía casi treinta y cinco metros de distancia entre mis pies y la línea de meta...

Saqué fuerzas de flaqueza. Continué mi carrera. El defensa me entró fuerte pero noblemente. Salté sobre su pierna, tras hacerme un pase adelantado. Recogí de nuevo el esférico y me acerqué al borde del área. El meta cubría bien la puerta. Me esperó unos instantes. Luego salió a cubrir más espacio, notando mi agotamiento paulatino.

Tras de mí, ya dándome alcance, dos contrarios corrían apuradamente para frenar mi internada. Ahora o nunca, pensé.

Y engatillé el disparo sobre la marcha, sin dejar de correr. Me salió un zurdazo seco y colocado. Mientras caía por el impulso del esfuerzo, vi volar el balón como un proyectil, hacia su objetivo. La mano enguantada del portero se alzó, rozó el balón. Este parecía ir a córner...

Pero no. Cayó sobre el larguero. Lo rozó levemente y botó en el suelo, sobre la raya. Fue un instante de interminable angustia, de suspense agotador.

¡Y entró!

El balón iba con mucha fuerza. Tras el bote, se fue al fondo de la red, donde se posó mansamente, pegado a la malla.

Era el cuatro a tres. El gol de la victoria sobre el *Fresh Fruits*.

CAPÍTULO V

—Frank, quiero saber la verdad. La pura verdad, sin engaño.

Miré fijamente a Franz Bauman. Poco antes me había mostrado su júbilo por la victoria en Lambeth del pasado sábado. Ahora se había endurecido su gesto y mantenía en mí sus ojos entornados y fríos, claramente hostiles.

—Creo que ya la conoce, señor Bauman —respondí—. Terence Allyson sufrió una caída al entrar en los vestuarios y perdió el conocimiento. El equipo perdía por tres a uno y decidí salir, sin esperar a consultarle a él.

—Eso no es lo que él dice —me replicó glacialmente Bauman.

—Yo no puedo saber lo que dice. Me limito a referirle lo sucedido.

—Allyson ha escrito un informe a la empresa bastante grave. Afirma que usted salió al terreno de juego cuando él se lo había prohibido taxativamente. Y que fue golpeado cuando estaba usted presente, supone que por McGee, que se hallaba presente también en el vestuario.

—Esa es su palabra contra la mía... y contra la de McGee, señor —sonreí—. Solo eso. Insisto en que los hechos fueron como yo he descrito.

—No le creo, Harmond. Usted está encubriendo a un compañero.

—Eso es lo que dirá Allyson. ¿Lo afirma usted también?

—Yo no puedo afirmar nada, Harmond. Me limito a preguntarle. Este asunto pasará directamente a manos del señor Morgan. Su hija estaba en el encuentro, junto a Allyson, y asegura que se fue al vestuario durante el descanso, no regresando ya en todo el segundo tiempo, pese a que le dijo que volvía de inmediato. Si se confirma su versión de los hechos, significará el despido inexorable para usted y McGee.

—Lo sé. Pero insisto en que es su palabra contra la nuestra. ¿A quién va a escuchar el señor Morgan?

—No lo sé —suspiró Bauman—. Personalmente, no pienso

intervenir en el asunto, pero le perjudica el hecho de haber golpeado públicamente a Allyson en otra ocasión, Harmond.

—Esta vez, él no dice que yo le golpeara, señor Bauman. Además, me prohibió jugar ese partido por simple rencor, y estuvo a punto de perderse. ¿Eso no se va a tener en cuenta?

—Posiblemente. Estoy de acuerdo en que su medida fue irregular y arbitraria, que usted tenía que jugar ese partido por encima de todo. Pero yo no soy el dueño de la empresa. Habrá que contar con la decisión de la directiva al respecto. Pero los periódicos, hoy lunes, sigue ocupándose del *East End Stars*, y eso es bueno para nosotros. Fue una suerte que usted le diese el triunfo al equipo una vez más. Pero aun así, hay problemas serios en la cuestión, no vamos a engañarnos.

—Sí, supongo que sí —admití gravemente—. El problema tiene un nombre concreto que todos conocemos, señor Bauman: Terence Allyson. Me odia por muchas cosas, pero sobre todas por ser un hombre del *Lyons Sport Club*. Él es un fanático del *Crusaders*. Y ambos equipos se han odiado siempre, aunque de un modo más deportivo de como ese hombre concibe la rivalidad.

—Pero Allyson es un alto ejecutivo de la empresa, Harmond —me recordó secamente Bauman—. Y McGee y usted, solo unos empleados con poco tiempo en la empresa. Esa será la diferencia, a la hora de valorar el incidente.

—Lo siento, señor. No es culpa mía que la justicia se mida en el mundo mediante ciertos raseros. Yo le prometí comportarme correctamente y creo haberlo hecho así. Si de algo debo culparme, es de desear la victoria de nuestro equipo por encima de todo. Es cuanto tengo que decir.

—Está bien, Harmond. Le avisaré cuando tenga que declarar ante el señor Morgan y el comité de disciplina interior de la empresa. Es todo por ahora, puede retirarse.

Salí del despacho sintiendo mayor odio que nunca hacia aquel maldito Terence Allyson. Ni siquiera el brillante triunfo final en Lambeth iba a servir de gran cosa si las normas disciplinarias se volvían contra McGee y contra mí, dando la razón a Allyson por el simple hecho de ser vicepresidente de la empresa y delegado del equipo en nuestro desplazamiento.

Ilse me estaba esperando fuera cuando abandoné el despacho de

su padre. Se puso en pie, doblando el semanario deportivo que hojeaba, me sonrió y caminó a mi lado, en dirección al exterior del edificio central de oficinas de la East End Corporation. La miré y me miró. Me sonrió, pero sus azules ojos mostraban gravedad.

—Otro buen lío, ¿eh, Frank? —comentó.

—Así es —asentí—. No he entrado con buen pie en esta casa, me temo.

—No digas eso. Eres un empleado honesto y trabajador. Y un gran futbolista. Los triunfos del equipo son mérito tuyo. Ya estamos en cabeza, con cinco puntos y tres positivos. Los periódicos te ponen por las nubes.

—Ojalá eso sirva de algo cuando me llamen ante la comisión disciplinaria y ante el señor Morgan en persona.

—Siempre tienes una posibilidad de éxito —me señaló con ironía—. Corteja a Deborah Morgan, del mismo modo que lo haces con Belinda Mills. Seguro que ganas la partida.

—¿Eso es una broma o una indirecta? —me irrité, parándome en seco.

—Juzga tú mismo —me miró con reproche—. ¿Qué has visto en esa chica, Belinda? Es una muchacha fácil y comprometedora. Creí que tenías más juicio al elegir tus relaciones femeninas.

—Intenté limitarlas a tu persona. Pero Allyson te tenía acaparada, ¿recuerdas?

—Yo solo soy tu amiga —se irguió Ilse, mirándome ofendida—. No pienso irme a la cama contigo con igual facilidad con que lo hace esa chica.

—Yo no he dicho que haya ido con ella a ninguna parte.

—Vamos, vamos. Es fácil adivinarlo. Allyson se enfadó y la pegó. Y tú te sentiste caballero andante…

—Dejemos eso —corté, algo seco—. Mis amistades son cosa mía, Ilse. Después de todo, tampoco parece importarte mucho a ti que Allyson se líe con Belinda, corteje a Deborah Morgan y mosconee a la vez contigo. ¿Qué le encuentras a ese tipo?

—Eso tampoco es asunto tuyo —se irritó Ilse, mirándome con reproche—. Creo que será mejor que no sigamos hablando tú y yo, Frank. Al menos, por el momento, hasta que se aclaren tus ideas. Que tengas suerte en todo ese lío, que falta te va a hacer.

Se alejó, taconeando casi con rabia pasillo adelante. La miré, no

pudiendo por menos que alabar mentalmente sus bien formadas piernas y sus vibrantes nalgas, marcadas por el ajustado pantalón azul.

Bajé al almacén, reanudando la tarea habitual de salida y entrada de mercancías. Ese mediodía almorcé con Belinda Mills en la misma mesa, sin que ella se opusiera. En la distancia, vi a Ilse Bauman que abandonaba la factoría en el Aston Martin azul de Terence Allyson, conducido por este, sin duda para almorzar en algún cercano restaurante y no en el comedor de la empresa. Belinda vio la dirección de mi mirada a través de un espejo. Removió el puré de patatas de su plato, y comentó sin mirarme:

—¿Te gusta ella?

Me sobresalté. La miré con extrañeza.

—¿Ilse Bauman? —respondí—. No. Es una buena amiga, eso es todo. Me preguntaba solamente por qué ese tal Allyson dedica tantas atenciones a todas las mujeres. ¿Qué busca, en realidad?

—Es fácil de imaginar —rio Belinda—. De Ilse Bauman solo le interesa lo que antes le interesó de mí: sexo y nada más. En cuanto se acueste con ella, adiós muy buenas. Conozco a Allyson, a la que pretende como esposa formal es a Deborah Morgan. Imagina: una mujer joven, atractiva… y cargada de millones. Terence Allyson no es solo un canalla y un libidinoso. Es también un gran calculador.

—Ya veo —suspiré, sintiendo cada vez un odio más irracional contra aquel hombre—. Me gustarla conocer a Deborah Morgan, la verdad.

—No creo que tuvieras nada que hacer con ella —rio Belinda de buena gana, moviendo la cabeza—. Es una mujer caprichosa y presuntuosa. Le gustan los hombres elegantes, refinados y ambiciosos. Y, sobre todo, que pueda manejarlos a su antojo. Tú no creo que seas de esos, Frank. Tu matrimonio con esa mujer, si llegara a ser posible, resultaría un tremendo fracaso.

—No he hablado de matrimonio —reí—. Vas muy deprisa, Belinda. Solo siento curiosidad por conocerla, eso es todo.

—Pues tendrás tu ocasión de oro el próximo sábado.

—¿El sábado? No te entiendo…

—Como madrina del equipo, presidirá el partido que jugáis en casa, en el palco presidencial. Y concederá un trofeo al mejor jugador del encuentro, ¿no lo has leído en el tablón de anuncios de

la empresa?

—No —confesé—. Nunca leo ese tablón.

—Pues ya lo sabes: trata de ser el mejor sobre el terreno de juego el sábado, y conocerás a esa preciosidad cargada de dinero personalmente... —las palabras de Belinda rebosaban sarcasmo y algo más. Tal vez despecho...

* * *

Así conocí a Deborah Morgan.

El sábado derrotamos al *Western Hospital*, de Chelsea, bajo una lluvia torrencial, por cuatro goles a dos. Marqué tres de los tantos, uno de ellos de golpe franco, y me sacaron a hombros del terreno de juego. Había numerosos fotógrafos e incluso un cámara de TV, cosa insólita en un simple partido de empresas comerciales, y me hicieron subir al palco a recibir la copa de manos de Deborah Morgan.

Me sonrió, besó mis mejillas y me entregó el trofeo al mejor jugador del encuentro. Yo también la besé. Era morena, esbelta, atractiva y muy elegante. A su lado aplaudiendo tibiamente, con el rostro crispado y la mirada vidriosa, estaba Terence Allyson. Fue una gozada verle de tal guisa mientras ella me felicitaba y premiaba.

—Gracias, señorita Morgan —dije—. Nunca olvidaré este momento en toda mi vida. Y no solo por este trofeo que tan inmerecidamente recojo de sus manos...

Me sonrió amplia y dulcemente. Sus ojos verdes brillaron en su bronceado rostro juvenil. Y apretando mis manos con calor, me respondió:

—Te lo has merecido, Frank Harmond. Creo que sigues siendo el mismo gran jugador que eras en el *Lyons*. Suerte amigo, mío.

Terence Allyson debió de tragar bastante bilis ese día. Ya estábamos destacados en cabeza, y la victoria sensacional por siete tantos a cero, en el siguiente encuentro fuera de casa, jugado en un jueves festivo, a causa de apremios de calendario, nos catapultó ya definitivamente, despegándonos de los demás equipos. La televisión independiente nos concedió un espacio en su sección deportiva, me entrevistó, pasando filmaciones de mis tiempos en Primera División,

y algunos de los goles conseguidos con el *East End Stars*. Creo que fue una semana gloriosa y llena de promesas para mí.

Pero, como ocurre casi siempre en la vida, era solo el prólogo de un nuevo drama que iba a dar al traste con todo lo conseguido hasta entonces.

Empecé a sospecharlo cuando, en pleno trabajo, al lunes siguiente, controlando las entradas y salidas del almacén, aparecieron ante mí Terence Allyson, otro alto ejecutivo de Personal, llamado O'Riordan, el jefe de seguridad de la empresa y un par de hombres de gabardina clara, que resultaron ser agentes de policía.

—Hay una denuncia por desaparición de mercancías o por control irregular —me informó glacialmente O'Riordan—. Es preciso hacer una inspección total y un balance de la mercancía almacenada. Lo siento, Harmond. Es un asunto grave...

Supe de inmediato que la denuncia tenía que provenir de Terence Allyson. Y casi sentí miedo.

Había motivos para ello. El resultado de la inspección resultó funesto para mí.

* * *

—Lo siento, Harmond. No existe otra solución que darle de baja en nuestra empresa. Sin percibir indemnización alguna. Eso... o aceptar que siga la investigación adelante, hasta terminar ante los jueces.

Nigel Morgan se había expresado con la frialdad y contundencia del hombre de negocios incapaz de demostrar sensibilidad alguna en tales casos. Le miré fijamente.

—Yo no soy un ladrón, señor Morgan —repliqué con acritud.

—Lo sé, lo sé. Pero podría suceder que la investigación demostrase irregularidades o errores que podrían involucrarle en sospechas más serias y engorrosas para usted. Se considerará este caso como un error de control grave, no como robo o hurto de mercancías. Y dado que ya posee una falta grave en su expediente, ello significa el despido inmediato sin más remisión. Claro que puede escoger el otro camino y exigir que la investigación siga su curso hasta el final, con todas sus consecuencias, pero yo no se lo

aconsejaría, Harmond. Personalmente, estoy de su lado, y vamos a intentar un arreglo amistoso en todo este embarazoso problema. Le indemnizaré de modo privado, con quinientas libras, y usted dejará la empresa sin sufrir en absoluto su dignidad ni su honor...

—No pienso seguir aquí, señor Morgan. Pero tampoco deseo indemnización vergonzante alguna. De todos modos, recuerde lo que le digo en estos momentos: sigan investigando el asunto aunque yo me marche de su empresa. Y algún día, descubrirá quién es el verdadero culpable de todo esto, la persona que ha hurtado de los almacenes mercancías existentes allí, en forma intencionada, para perderme a mí.

—¿Qué quiere decir? ¿A quién está acusando? —se alarmó Morgan.

—Desgraciadamente, a nadie. No tengo pruebas. Pero solo le pido que siga investigando el asunto, de un modo discreto y callado. Tal vez se encuentre alguna vez con una sorpresa... Ahora, adiós, señor. Si lamento por algo esta marcha, es por el equipo de fútbol. Había llegado a pensar, realmente, que aún servía para algo en el deporte. No debí hacerme ilusiones. Buenas tardes, señor Morgan.

Salí, cerrando la puerta de golpe. Era mi final en la empresa. Y sabía a quién le debía este nuevo golpe bajo, este juego sucio que arruinaba mi vida laboral y deportiva, una vez más.

No vi a Ilse ni a su padre por parte alguna. Tampoco los busqué. Belinda me despidió con lágrimas en los ojos, asegurando que sabía de mi inocencia y de la existencia de un complot contra mí.

—Esperemos que todos piensen como tú —dije tristemente, abrazándola—. ¿Nos veremos alguna vez?

—Por supuesto —afirmó ella, rotunda—. Te veré jugando al fútbol, estoy segura. Pero mientras tanto, ya sabes dónde estoy... Conoces bien mi casa.

—¿No peligrarás de nuevo, si ese salvaje te visita para tomarse la revancha?

—No lo espero. Ha roto conmigo definitivamente. Le amenacé con denunciar a la policía sus violencias, y parece que se asustó un poco. Suerte, Frank.

—Gracias —sonreí, dándole un afectuoso pellizco en la mejilla—. Iré a verte, no lo dudes. Voy a necesitar compañía en breve. Odio la soledad.

Salí de la empresa con rapidez, tomando un autobús que me condujo al centro de Londres, donde me metí en un *pub* a beber y tratar de no pensar. Era uno de mis locales de costumbre cuando jugaba en el *Lyons*, años atrás. Me sorprendió ver que me reconocían otra vez. Mi campaña en el modesto *East End Stars* había relanzado mi imagen mucho más de lo que yo esperaba. Tuve que aceptar felicitaciones e incluso ser invitado varias veces por el dueño y por la clientela. Me sentí ligeramente mejor. Pero tuve que decirles la verdad: ya no volvería a jugar en el *East End Stars*. Era otro capítulo de mi vida cerrado definitivamente.

Acudí varias veces en aquellos días al *pub* habitual. El sábado tuve un gran disgusto: el equipo de la empresa había perdido en su propio terreno por dos a uno en un pésimo partido. Pensé en el bueno de Charles Alexander y sentí auténtico dolor.

El lunes siguiente, estaba la crónica de la derrota del *East End Stars* en la página deportiva del *Mail*, donde el cronista se preguntaba si se debía «a la ausencia de Frank Harmond, ostensible durante todo el partido», cuando una voz me interpeló:

—¿Una cerveza conmigo, muchacho?

Alcé la cabeza. Me quedé asombrado.

—¡Gordon! —clamé, levantándome de un salto—. ¡Gordon Everett, en persona! ¡No es posible, viejo amigo!

Abracé a aquel hombretón fornido, de rostro saludable, mejillas rojas, ojillos azules y sonrisa amplia, tocado con una gorra marrón de ante. Hacía tiempo que no nos veíamos, desde que fuera mi entrenador, la última temporada en el *Lyons*. Se sentó a mi mesa y pedí una jarra de cerveza para él. Cuando fui a pagar, lo rechazó enérgicamente.

—Nada de eso —dijo—. Pago yo, Frank. Aún está fresco en mi bolsillo el primer pago de la prima por el fichaje de esta temporada, muchacho. Deja que invite ahora yo.

—¿Fichaje? —le miré, ilusionado—. No me digas que estás en un equipo de nuevo… Leí que te habías retirado de toda actividad para entrenar…

—Y así es. Pero me han convencido —sonrió—. ¿Qué no haría yo por el viejo y querido *Lyons*?

—¿*Lyons*? ¿Has dicho el *Lyons*? —me pasmé—. ¡No puedo creerlo! Si dijeron que se disolvía…

—Ha entrado una nueva junta directiva. Y un presidente joven, emprendedor, que ha logrado cubrir parte de las deudas y planea una política de saneamiento económico y deportivo para el Club. Ya sabrás que estamos los octavos en la clasificación de Segunda División de este año…

—Lo sé muy bien —asentí con tristeza—. Siempre sigo la marcha del *Lyons*…

—Pues bien: esta semana comienzo yo la tarea. Sé que tenemos un mal desplazamiento para empezar. Nada menos que a *Blackpool*, a jugar contra el titular de esa ciudad. Un hueso, tal como están las cosas. Nadie da un penique por nosotros, pero esa es la clase de partidos que a mí me gustan. Nada a perder y mucho a ganar, Frank.

—Te deseo suerte. Por ti y por los *Lyons*, Gordon.

—Vas a tener que hacer algo más que desearnos suerte, si de veras quieres a tu viejo club, muchacho —rio entre dientes Everett, apurando con pasmosa celeridad su jarra de cerveza, como en él era habitual—. Necesito un delantero centro. Tengo lesionado al titular. ¿Qué tal si vuelves a jugar a mis órdenes?

—¿Yo? —pestañeé, atónito—. ¿Yo… en el *Lyons*? ¿Te has vuelto loco, Gordon? ¡Solo he jugado con un equipo de una empresa comercial últimamente!

—Lo sé, lo sé. Leo los periódicos deportivos. La campaña del *East End Stars* no ha pasado desapercibida para mí… hasta el pasado sábado cuando menos —me guiñó un ojo—. Te necesito, Frank. Jugar en Segunda no es ningún chollo para un hombre como tú, pero es todo lo que puedo ofrecerte.

—Ya jugué un año en Tercera, Gordon. Y no lo hice nada bien…

—Son cosas normales. El descenso fue demasiado brusco. Y todo por un *penalty*… Frank, ¿tienes tu ficha profesional en orden?

—Sí, por supuesto. Solo hará falta ponerla al día. Pero… pero no puedo creer todo esto, Gordon. Hay gente joven que te iría mejor que yo…

—A los veintisiete años, Frank, estás en plena juventud. Ya tengo muchachos de menor edad. Necesito un delantero centro nato, que también me sirva de media punta en partidos comprometidos. Veterano pero joven, eficaz y rompedor, pero inteligente y sereno en su juego. En suma: tú. La ficha no será gran

cosa esta temporada. Dos mil libras al firmar, y un sueldo reducido mensual. Primas por partido jugado, ganado o empatado. Son condiciones drásticas, lo sé. Ya te dije que el *Lyons* quiere seguir una política de saneamiento que le libre de deudas y le permita alcanzar alguna vez la División de Honor de la Liga inglesa, Frank. ¿Qué me dices a eso?

—¿Qué esperas que te diga? —suspiré, entusiasmado—. Iría sin cobrar siquiera, si no fuese porque necesito vivir. Y espero que no te arrepientas nunca de esto…

—Sé que será así —sonrió, palmeando mi hombro—. Y ahora, paga tú la ronda siguiente. Después de todo, tendrás dos mil libras en tu bolsillo dentro de pocas horas, muchacho…

CAPÍTULO VI

Nunca olvidaré mi retorno al cuadro verdinegro del *Lyons Sport Club*.

Aquel día llovía en Blackpool y hacía un frío húmedo que calaba los huesos. El campo era un barrizal, los grádenos aparecían repletos de paraguas, y el *Blackpool*, situado en tercer lugar de la clasificación de Segunda, era un duro rival a batir.

Terminamos la primera parte perdiendo por un gol a cero, marcado de *penalty*.

—Esto no es como jugar en campos de empresas —suspiré, fatigado, sentándome en el banco del vestuario—. ¿No crees que deberías cambiarme en la segunda parte, Gordon?

—No. De momento vas a seguir jugando —rechazó Everett, acercándose a mí y examinando un rasguño de mi rodilla—. Lo estás haciendo muy bien para ser el primer partido. Te falta compenetración y algo de fondo físico. En dos o tres semanas, creo que rendirás al ochenta por ciento. Ahora te necesito. El *Blackpool* no tiene su día y se ha confiado con su victoria por la mínima. Eso puede favorecernos si tenemos un poco de suerte.

Era ideal para levantar los ánimos. Salimos en la segunda parte al terreno, cada vez más impracticable. El *Blackpool* tenía dos lesionados y había agotado el cupo de sustituciones. Everett, por su parte, se limitó a cambiar un centrocampista por otro delantero, para dar más aire ofensivo a nuestro juego. Me situé de delantero centro nato, siguiendo sus instrucciones, para no agotarme en una labor de subir y bajar, dado mi precario estado físico y el estado del campo. La lluvia no cesaba de caer.

Gordon tuvo razón. El *Blackpool* no tenía su día. Tras fallar un gol en nuestra meta a causa de los resbaladizo del terreno, pude disparar un trallazo cruzado al larguero, que hizo temblar la portería, y ese fue el aviso para ellos de que el empate podía llegar en cualquier momento, y bajo una pita de desilusión de sus seguidores, se cerraron a defender el uno a cero durante los últimos veinticinco minutos, sin ambicionar ya más. Después de todo, les

bastaba para acceder al segundo puesto de la clasificación, ya que el segundo había empatado en casa aquel mismo día.

Empecé a adelantarme, quedándome quieto en las proximidades del área, con el gatillo presto. Recibía poco juego, pero me sentía más descansado ahora, pese a mi constante choque con los fuertes defensas del *Blackpool*.

De repente, me vino un balón perdido en óptimas condiciones. Me apoderé de él y driblé a un defensa. El portero salió a interceptar mi posible disparo.

No rematé, porque sabía que iba a detenerme el esférico. Con el rabillo del ojo, en una décima de segundo, capté una camiseta verdinegra que corría a mi derecha, vertiginosamente, perpendicular al marco. Pasé el balón suave, sin mirar siquiera.

Era un joven y espigado muchacho, el interior derecho, Callaghan. Se encontró libre de marcado, con el meta descolocado, y un balón de oro en sus pies. Tiró sin vacilar.

—¡Goooool! —grité, cayendo de rodillas en el fango.

Y era cierto. Aquel muchacho había aprovechado mi pase magistralmente. Era el gol del empate. Callaghan ni se lo creía. Me miró, atónito, luego se echó a reír y vino hacia mí para abrazarme. Me dio las gracias por aquel pase, efusivamente.

El tanto fue como un mazazo para el *Blackpool*. Sus jugadores, extenuados y decepcionados, se miraban entre sí, con los brazos en jarras, sin poder creer que los *Lyons* hubiéramos podido perforar su portería tan fácilmente.

El juego a partir de ese momento fue alterno, con precauciones por nuestra parte, pero sin renunciar al contraataque. Eso fue providencial para nosotros.

Rozábamos el minuto cuarenta y cinco cuando disputé un balón a un centrocampista enemigo, entre el círculo central y la línea media enemiga. Se lo arrebaté y avancé hacia la meta contraria todo lo rápido que podía. Callaghan, ya avisado de mi estilo de juego, corrió veloz tras de mí. Cuando me entró un defensa, le pasé el balón. Él me lo devolvió en una pared perfecta, burlando a otro defensa. Me hallé a poca distancia del área. Un defensa me entró fuerte, por la espalda, y caí. Creí que el árbitro pitaría falta mientras yo chapoteaba en el barro, pero concedió la ley de la ventaja, porque el balón, rebotado, había ido a pies de Callaghan,

que profundizó hacia el área. Yo me incorporé y corrí tras él como una centella, haciendo de tripas corazón.

Cometió un error disculpable. No me vio venir, y disparó sobre la marcha cuando el guardameta cubría perfectamente el hueco. Vi ir el balón a manos de este. Estaba tan resbaladizo por el agua y el barro, que no trató de blocarlo, sino que lo despejó.

Milagrosamente, el balón cayó ante mis pies cuando el árbitro se disponía a silbar el final del partido, con su mirada fija en el cronómetro. No me lo pensé ni un instante. Engatillé mi pierna zurda y disparé. A ciegas, a lo que fuese. No podía hacerse ya otra cosa.

El clamor fue unánime en mis compañeros. El público enmudeció.

¡El balón se había estrellado en las redes, pasando como un obús por encima del caído portero, que estiró desesperadamente sus manos, sin poder ya alcanzarlo!

Acababa de conseguir el gol de la victoria en el propio terreno de *Blackpool*, favorito del choque. Estábamos abrazándonos todavía, sin poderlo creer, cuando el silbato arbitral señaló el fin del encuentro, sin siquiera sacar de centro.

—¡Lo sabía, lo sabía! —clamaba Gordon Everett, congestionado, abrazándonos a todos mientras volvíamos triunfalmente al vestuario —. ¡Has dado la victoria al equipo, Frank! ¡Has sido el artífice de este triunfo, muchacho!

—No, Gordon, yo no. Lo hemos sido todos. Callaghan, yo, los demás... Todos —dije, entusiasmado, mirando a mis nuevos compañeros con orgullo—. ¿Sabes una cosa? Creo que tienes el mejor equipo que el *Lyons* ha tenido en muchos años. Sin *vedettes*, solo con muchachos que saben poner cabeza y corazón en el juego... Nada más y nada menos que eso...

Ciertamente, fue el principio de una nueva época para el *Lyons*. Ante el asombro de la crítica deportiva y de los propios aficionados, ganamos los dos siguientes encuentros, uno en casa y otro fuera, por el mismo claro tanteo: tres a cero. Yo conseguí un gol en cada encuentro. Y salvé un disparo a puerta que se colaba, estando cero a cero en el marcador en campo contrario. La crítica me calificó en ambos casos con su máxima puntuación.

Frank Harmond comenzaba a recuperar cierta fama, aun en

Segunda División. Yo me iba sintiendo más y más fuerte, y con la moral cada vez más alta. El acoplamiento con los demás iba mejorando día a día, y mi condición física también.

Ya un semanario deportivo londinense se preguntaba en primera plana:

> ¿VA A VOLVER EL *LYONS SPORT CLUB* A LA PRIMERA DIVISIÓN ESTE AÑO, DE LA MANO DEL RESUCITADO FRANK HARMOND?

Teníamos dos partidos seguidos en casa. Y en el que nos correspondió esa semana, justamente el cuarto que yo jugaba con mi amado *Lyons*, tuve dos sorpresas previas al choque.

La primera fue la recepción de una nota en el vestuario, que me entregó un empleado del club cuando me estaba acabando de vestir para salir al campo.

Era escueta y significativa:

> «Hoy no podré entregarte otro trofeo. Pero estoy en primera fila de tribuna para aplaudirte.
>
> »Deborah».

—Vaya... —murmuré—. La diosa desciende de su Olimpo para relacionarse con los mortales...

—¿Decías? —me preguntó Everett, volviéndose hacia mí.

—No, nada —sonreí—. Cosas mías, Gordon. Creo que hoy tengo que marcar un par de goles casi por obligación...

—Bueno, eso nunca vendrá mal —rio mi entrenador jovialmente —. Mientras ellos no nos metan tres...

Realmente, Everett no las tenía esa tarde todas consigo, y había razón para ello. Nuestro visitante era, ni más ni menos, que el líder de la Segunda División, el *Sunderland Athletic*. Todo un «hueso» bastante duro de roer.

Salí al terreno de juego. Enseguida descubrí a Deborah Morgan en la primera fila de tribuna baja, junto al césped. Me agitó el brazo, efusivamente. Lucía una escarapela con los colores verdinegros del *Lyons*. Eso me hizo sonreír. Imaginarse a su lado ahora a Terence Allyson, hubiera sido casi surrealista. Pero estaba

sola, por supuesto. Pasé junto a ella y le dirigí un movimiento de cabeza y un gesto cordial.

Ya no sentía interés alguno por ella. No soy vengativo. La empresa East End, las insidias de Allyson y todo lo demás, formaba parte del pasado. Y el pasado estaba cerrado para mí. Mi único rencor hacia aquel ejecutivo maligno y sinuoso, era el no haber podido probar que mi labor en el almacén fue siempre honesta y recta, y que él era el autor de la insidiosa trampa tendida para despedirme de allí.

La segunda sorpresa tuvo lugar cuando me encaminaba al centro del terreno, y Everett se situaba, con suplentes y masajista, en el banquillo correspondiente. Una voz femenina me llamó vivamente:

—¡Frank, Frank, estoy aquí!

Miré hacia el ángulo de córner de la grada norte. Allí estaba Ilse Bauman. Al lado de su padre, que se limitó a mover cortésmente la cabeza al cruzarse nuestras miradas. Hice un gesto a Ilse. Ella me sonrió, con un gesto de aliento. No supe si me alegraba por ello o me dejaba indiferente. Mis sentimientos hacia ella o Belinda Mills eran algo confusos en estos momentos. No sabía realmente si había algo más que amistad hacia Ilse o de sexo hacia Belinda.

Comenzó el partido. Y comenzó muy mal para nosotros.

A los veinte minutos perdíamos por uno a cero y había algún desconcierto en el equipo. Hizo falta que Callaghan, faltando poco para el descanso, pudiera empatar de *penalty*. Fuimos al vestuario algo más animados, pero conscientes que el *Sunderland Athletic* no iba a ser una perita en dulce en la segunda parte. Era obvio que venían a ganar y ni siquiera se conformaban con el empate.

—Cuidado con atacar a lo loco —nos avisó Everett, preocupado —. Esa gente me da miedo. Si vuelven a adelantarse en el marcador, puede resultar definitivo. Preferiría que jugases algo atrasado el tiempo que resta, Frank. Pon orden en el centro del campo. Si perdemos este encuentro, podemos despedirnos de la lucha por el ascenso, muchachos.

Nuestro regreso al césped no resultaba en exceso triunfalista. Íbamos preocupados y se nos notaba. El *Sunderland* peloteaba ante su marco, a la expectativa. Miré de pasada a Deborah Morgan. Me hizo un gesto de ánimo, guiñándome un ojo con jovial optimismo. O no entendía nada de fútbol, o tenía más moral que nosotros,

pensé.

En cambio, Ilse mostraba un gesto contrariado, y apenas si me sonrió levemente, con gesto de circunstancias. Ilse Bauman sí entendía de problemas deportivos, no había duda.

Apenas reanudamos el partido, ocurrió lo peor. Nuestra defensa, a la desesperada, cortó una internada del delantero centro contrario en falta, dentro del área. El jugador derribado se revolcó en el césped aparatosamente, pero no hacía falta echarle teatro a la cosa. El árbitro, inflexible, estaba señalando ya el punto fatídico.

Penalty.

No valía la pena protestar, aunque alguien de mi equipo lo hizo y le enseñaron tarjeta amarilla. Calmé los ánimos y esperé, como los demás, al borde del área, el lanzamiento de la máxima falta. Nuestro portero se agazapó, como un felino al acecho, a la espera del esférico. La puerta debía de parecerle enormemente grande. A mí también me lo pareció cuando el contrario lanzó el *penalty*. Si hubiera sido uno de mis compañeros el que tuviera que lanzarlo sobre la puerta enemiga, hubiese resultado muy distinto.

Pero falló en el lanzamiento. O acertó nuestro guardameta, eso nunca se sabe a ciencia cierta cuando se detiene un *penalty*. Lanzamos un grito de júbilo. Fui a felicitar al muchacho, mientras botaba el balón antes de lanzarlo al centro del terreno. Los del *Sunderland*, desolados, retrocedían a cubrir su zona.

Atacamos en vano. No hubo peligro en nuestra jugada. Y así siguió el partido durante interminables minutos. El empate nos pesaba como una losa, porque en cualquier momento podía marcar el *Sunderland Athletic* su segundo tanto en los veloces contrataques que lanzaba. Por fortuna, nuestro guardameta tenía su día al parecer. Detuvo varios balones peligrosísimos.

Y por fin, cuando más desesperaba de salvar aquel angustioso partido, tuve mi gran ocasión. Callaghan lanzó un pase en profundidad, el medio volante Hillman lo controló pasándomelo luego algo bombeado y me precipité en *plongeon*, rematándolo de cabeza un poco perpendicular al poste izquierdo. El balón fue al poste contrario, pegó en su interior con fuerza, y se coló.

Me sentí aplastado, estrujado por mis compañeros en tierra, tras conseguir aquel gol tan importante para nuestra tranquilidad. Me incorporé a duras penas, y agité mi brazo, con el puño cerrado, en

dirección al público enfervorizado que nos ovacionaba. Me emocionó oír sus gritos de «¡Harmond, Harmond, Harmond!», que coreaban asimismo Ilse y Deborah, en sus respectivos asientos.

El *Sunderland* se hundió a raíz de ese gol, y el propio Callaghan remachó nuestra victoria, a poco tiempo para el final, con un nuevo tanto que ponía un tranquilizador tres a uno en el marcador. Era nuestra victoria definitiva sobre tan peligroso y duro enemigo. Y una puerta abierta hacia nuestra soñada ilusión: el ascenso.

Aquella tarde triunfal, me llevé también una pequeña decepción. Ilse no vino a verme al vestuario, ni estaba tampoco fuera, esperándome, cuando abandoné el estadio tras atender a unos reporteros de la BBC.

En cambio, Deborah Morgan estaba allí fuera, esperándome sonriente, al volante de un fastuoso *Jaguar* deportivo de color tabaco metálico. Me invitó, con su más deslumbrante sonrisa:

—¿Subes, querido Harmond? Tenemos que celebrar esta jornada maravillosa, ¿no crees?

Asentí, distraído. Busqué con la mirada todavía, por si Ilse Bauman aparecía por alguna parte. No fue así. Subí al coche de la hija de Morgan. Y partimos hacia las afueras de Londres. El aire agitaba sus cabellos oscuros. Pude advertir que pegaba a mí su pierna, que la falda dejaba desnuda hasta medio muslo.

Recordé lo que dijeran de ella: rica, caprichosa y habituada a llevar la voz cantante. Ni me preguntó adónde quería ir. Daba por sentado que su palabra era ley.

—¿Adónde vamos? —quise saber.

—A cualquier sitio —rio—. El mundo es nuestro hoy, Frank. Vas a llegar muy alto, lo presiento. El equipo de la empresa te venía pequeño. Volverás a la Primera División con el *Lyons*, serás internacional...

—Eso disgustaría mucho a un buen amigo tuyo —sonreí—. Allyson es del *Crusaders*. Ya sabes: enemigo mortal del *Lyons*...

—Al diablo con Allyson —soltó una carcajada—. ¿Quién piensa ahora en él? Estamos tú y yo aquí, ¿no es cierto? Mi padre y su empresa no fueron justos contigo. Yo espero poderte pagar algo de lo mucho que ellos te deben...

No respondí. Era agradable dejarse arrastrar por una mujer como ella, joven, millonaria, deseada, inalcanzable para hombres de

mi condición social. Y dejé que me manejase a su antojo, porque me gustó la idea. En cierto modo, tal vez era un modo de tomarme la revancha de Terence Allyson y de su propio padre.

Empecé a comprender que era un ingenuo cuando, tras una cena digna de un rey, en uno de los mejores locales de las afueras de Londres, y unas copas en un club reservado a grandes magnates y millonarios, la velada con Deborah Morgan terminó donde suelen terminar las noches con una mujer: en una cama más o menos lujosa.

Entonces supe bien lo que Deborah buscaba de mí. No le atraía la persona, no era un intento de idilio romántico o una simple relación formal entre ambos. Yo era el nuevo ídolo, el futbolista triunfador, un hombre joven, bien parecido y físicamente atlético. Solo buscaba un macho. Era cuestión de sexo y nada más.

Acepté la aventura porque hubiera sido estúpido rechazarla. Si algún día se casaba con Allyson, tendría íntimo placer de haber estado antes que él metido entre sábanas con aquella jovencita caprichosa, atractiva y terriblemente sensual, que me demostró que su apariencia de elegante damita de la mejor sociedad londinense era solo eso: apariencia. En la cama, resultó ser una fiera devoradora, una auténtica hembra voluptuosa y capaz de las mayores extravagancias sexuales.

Cuando la dejé, desperezándose medio dormida, como una gatita somnolienta, lo hice sin ningún remordimiento ni pesar. Ella había querido esto, y lo había conseguido. Había cumplido mi papel de hombre-objeto. Pero la dejé sin que quedase en mí la menor huella del paso de Deborah Morgan por mi vida. Ella había cumplido su nuevo capricho. Y ahora, el juguete se ausentaba sin más. Yo tampoco lo había pasado mal con ella. Muchas prostitutas de Londres hubieran sido incapaces de hacerme gozar tanto y de tan diversas formas.

No sé por qué, recordé a Belinda con nostalgia. Ella era diferente. Le había gustado y habíamos vivido juntos una aventura. Pero recordándola, me parecía infinitamente más limpia y honesta que aquella damisela de la *high society*. Y me acerqué a su casa a verla.

Me esperaba una sorpresa. La patrona de su alojamiento me informó de que ya no vivía allí. Al saber mi nombre, me entregó un

sobre dirigido a mí y cerrado cuidadosamente.

Lo tomé. Leí su texto mientras regresaba lentamente a casa, ya de día, en un domingo brumoso y triste:

> «Querido Frank:
>
> »Si lees esta carta algún día es que habrás venido a verme porque aún me recuerdas. Eso sería hermoso y confío en que ocurra así. He dejado este domicilio. Y también el trabajo en la East End. Vuelvo a casa con mi familia. No te diré dónde, no vale la pena. Lo nuestro fue bonito, aunque corto. Lástima, ¿verdad, Frank? Sé de tus éxitos actuales. Me alegro de ellos. Espero lo mejor para ti. Te lo mereces. Yo espero olvidar a Allyson y muchas otras cosas, en una vida distinta y más sana. No soportaba ya ese trabajo sin ti. Espero ver pronto al *Lyons* en Primera. Un abrazo.
>
> »Te recuerda con cariño,
>
> »Belinda».

Estrujé la nota entre mis dedos. Y me fui a un *pub* a emborracharme.

CAPÍTULO VII

No volví a ver a ninguna de ellas en el resto de la temporada.

Ni a Ilse, ni a Deborah Morgan, ni a Belinda, por supuesto.

La vida seguía. Y el fútbol también.

El *Lyons* siguió hacia arriba, pero un exceso de confianza en el partido de la segunda vuelta, en campo del *Sunderland Athletic*, nos resultó fatal. Perdimos por tres a cero, y el *goal average* particular nos arrumbó, empatados a puntos al término de la Liga, al segundo puesto de la clasificación.

No podíamos ascender automáticamente a Primera, como habíamos soñado durante todo el torneo. Debíamos conformarnos con jugar la promoción con el penúltimo equipo de la Primera División aquel año.

Y ese equipo, por sarcasmo del destino, resultó ser… el *Crusaders Fútbol Club*. Una pésima campaña le había conducido al borde del descenso. Ahora, todo dependía de un solo partido.

Nosotros, o el *Crusaders*. Nada más ni nada menos. Eternos rivales frente a frente, a vida o muerte, durante noventa minutos de juego, en terreno neutral. Nos correspondió jugar en el campo del Chelsea. El billetaje se agotó en las taquillas tres días antes del sensacional partido de promoción.

Esa semana no pude dormir bien ni un solo día. La final de la Copa de Inglaterra quedaba pálida ante la tensión que provocaba nuestro choque con el *Crusaders*. La idea de fallar en el momento decisivo, nos atenazaba a todos.

—Debemos serenar los nervios, muchachos —nos recomendaba constantemente Gordon Everett—. Si perdemos esta oportunidad, es posible que tarde mucho en presentarse de nuevo. El *Crusaders* ha hecho un mal campeonato, pero en las últimas jornadas evitó el descenso automático con una fuerte reacción, y eso le ha dado moral. Son en este momento los favoritos, pero eso no significa nada. Pensad, de todos modos, que hemos llegado mucho más arriba de todo lo imaginable al principio de temporada. El Presidente está muy contento de vuestro rendimiento, el Club ha

cubierto todas sus deudas e inicia con una economía saneada la nueva temporada. Si lográsemos el ascenso, sería todo maravilloso, pero nadie os exige imposibles. Si perdemos con el *Crusaders*, no habrá ocurrido nada. Lo intentaremos en el futuro otra vez, eso es todo.

—No, Gordon —negué, rotundo—. No podemos perder ese partido. Y menos con el *Crusaders*.

Nuestro entrenador me miró, con gesto algo ceñudo.

—¿Es algo personal, Frank, o se trata solo de nuestra eterna rivalidad? —inquirió, receloso.

—Ambas cosas —respiré con fuerza—. Por eso no quiero, no puedo darme por vencido.

—Te comprendo, Frank. Pero a veces, esos sentimientos complican las cosas. Olvida resentimientos cuando salgas al césped. Piensa solo en ganar, eso sí. Pero nada más.

—Nunca pensaré más en otra cosa que ese día, Gordon, te lo garantizo —afirmé, rotundo.

Y pensaba en muchas cosas al decirlo en Belinda, en Allyson, en mí mismo, en el pasado...

* * *

Y llegó el gran día.

Era un miércoles. Partido nocturno. El terreno del Chelsea bien iluminado. Y los graderíos repletos de un público cuyas dos terceras partes eran *supporters* del *Crusaders* y solo un tercio a nuestro favor. El clima era el de los grandes acontecimientos. Me hizo evocar inmediatamente mis grandes partidos en Primera. Allí se olía a la División de Honor. Era como poder alcanzar la luna con la mano.

Yo era el capitán del *Lyons* esa memorable noche. Estreché la mano de Nelson Fry, del *Crusaders*, y cambiamos de mano los banderines respectivos. Luego, el árbitro sorteó los terrenos. Les tocó elegir a ellos. Formamos ante los fotógrafos, en número muy superior hoy a los de nuestros encuentros en Segunda. Se nos advirtió que toda infracción, toda violencia, todo juego subterráneo o protesta, sería severamente castigado. El árbitro no quería que tan difícil partido se le fuera de las manos.

Sin embargo, apenas comenzado el partido, estuvieron a punto

de cazarme miserablemente. El defensa central del *Crusaders*, Higgins, casi me siega la pierna en una entrada escalofriante. El árbitro le amonestó verbalmente y mi agresor se disculpó. Al estrecharme la mano, creí notar un destello malicioso en sus ojos.

Saqué la falta tras serme aplicado un toque de linimento en *spray* al borde del terreno. Entonces vi a Terence Allyson.

Estaba en segunda fila de tribuna. Elegante, frío y distante como siempre. Sonreía con tan rara expresión de malignidad como el defensa Higgins al pedirme disculpas. No sé por qué, no me gustó eso. Lucía una escarapela y una bufanda con los colores blanco y rojo del *Crusaders*.

A su lado, estaba Deborah Morgan. Ni se dignó mirarme. Vi que apretaba la mano de su acompañante y lucía una sortija de esponsales en su dedo anular. Casi sentí ganas de reír. Se habían casado…

La falta no tuvo consecuencias. El juego era alterno. Ambos equipos nos temíamos y respetábamos, era evidente. Ninguno quería jugar demasiado alegremente y dar una oportunidad al contrario.

Me hicieron otras dos o tres faltas, aparentemente por ir al choque, y el árbitro no amonestó a nadie. Empezaba a haber auténtico juego subterráneo allí. Me dolía la pierna derecha, golpeada dos veces. Higgins fue uno de los que me entraron con dureza. Pero aquello, ciertamente, no era un juego de niños ni de damiselas. Nos estábamos disputando nada menos que un puesto en Primera División.

A los treinta y siete minutos, ocurrió el primer desastre de la noche. Un exceso de nervios condujo a nuestra defensa a rechazar mal un balón. Su delantero centro, un negrito jamaicano llamado Keenan, enganchó un trallazo terrorífico sin pensárselo dos veces.

Nos marcó el primer gol.

La desolación fue total. La zona de público del *Crusaders* se levantó como impulsada por un resorte. Miré hacia Allyson y Deborah. Ambos, en pie, aplaudían entusiasmados, agitando banderines rojiblancos del *Crusaders*. Sentí una rabia infinita.

Me lancé al ataque desesperadamente. Nunca había deseado más que ahora marcar un gol. Ellos se cerraron, precavidamente, pensando conservar la ventaja hasta retirarse a los vestuarios al

término de la primera parte, como factor psicológico favorable a sus intereses.

Cometí el error de penetrar en el área a por todas. Higgins me cazó de nuevo, cuando pretendía rematar un centro de Callaghan. Caí al suelo sintiendo un fuerte crujido en mi pierna derecha, ya dañada anteriormente. Me revolqué, sacudido por espasmos de dolor. El árbitro sacó tarjeta amarilla al defensa del *Crusaders*. Pero a mí tuvieron que retirarme fuera del terreno de juego. Faltaba un minuto para el descanso, y Everett, muy pálido, optó por seguir con diez hombres lo que quedaba de la primera parte, sin hacer cambio alguno. Las asistencias me bajaron al vestuario, donde el médico me atendió prestamente.

—Me temo que tendrá que ser baja en lo que resta de partido —dijo gravemente, al examinar mi pierna—. Está muy hinchado y no podemos correr el riesgo de que haya una fractura...

—¡No! —rugí—. Quiero jugar, doctor. Tengo que jugar a toda costa...

—No hagas locuras, muchacho —me aconsejó con firmeza—. Podría resultar irreparable...

—¿Y qué más me da? —rugí, cuando ya Everett y los agotados muchachos, sudorosos y embarrados, entraban en el vestuario con cara de circunstancias—. ¡Necesito salir al terreno de juego, sea como sea! Y no me importará nada que este sea mi último partido, ¿está claro?

—Allá usted. Se le puede inyectar, pero... —meneó la cabeza—. No sé, no sé... Yo creo que es un peligro muy serio para su persona, muchacho.

—¿Qué ocurre aquí, Frank? —me espetó Gordon—. ¿Qué pretendes ahora? ¿Jugar, con esa pierna como está? Parece que te haya caído en ella una losa de mil libras. Ese Higgins es un asesino, no un jugador de fútbol.

—Quiero jugar, Gordon. Por favor...

—No puedo arriesgarte a ti ni arriesgar al equipo —rechazó—. No puede ser. Te sustituiré por Daniels y...

—Gordon, por el amor de Dios, al menos espera un poco, juega unos minutos de la segunda parte, si es preciso, con diez hombres, pero aguarda a que lo intente —salté de la mesa donde me examinara el médico, cojeando y sintiendo un tirón lacerante en mi

muslo derecho—. Es todo lo que te pido…

—Está bien —decidió de mala gana, tras pensárselo unos instantes—. Pero si no estás en condiciones, no te alinearás, ¿está bien claro?

Asentí, comenzando a dejarme tratar la pierna por el masajista, El médico me inyectó algo, y se encogió de hombros, marchándose con gesto contrariado. Cuando me dejaron solo en el vestuario, intenté unos ejercicios de recuperación. El dolor continuaba, pero iba reduciéndose. Ya podía jugar la pierna.

Afuera, apenas iniciado el segundo tiempo, capté un clamor sordo que me alarmó. Luego oí gritos de «¡gol, gol, gol». No sabía quién había marcado. Me encaminé a la salida del vestuario para averiguarlo.

El masajista y un miembro de la Cruz Roja entraron llevando casi en volandas a mi compañero Callaghan. El muchacho se contraía de dolor y su pierna colgaba inerte.

—Ese miserable Higgins —jadeó rabioso el masajista—. Ha tumbado a Callaghan. Pero es un bravo. Marcó el gol del empate a pesar de todo…

Sentí júbilo y rabia a la vez. Abracé a mi compañero. Él reía y lloraba. El camillero meneó la cabeza con desaliento.

—Creo que tiene la pierna rota —comentó—. Ha sido una entrada salvaje.

—¿Y el árbitro? —rugí—. ¿Qué ha hecho?

—Nada. Está acobardado. Hizo dar a entender que era un choque casual. No fue nada de eso —me explicó el masajista—. Fue a por él.

—¿Quién le ha sustituido?

—Daniels. No hay otro delantero en el banquillo en estos momentos, Frank. Los del *Crusaders* están atacando ahora. Me temo lo peor.

Rechiné los dientes. Se llevaron a Callaghan a la enfermería. Me volví a quedar solo. Y caminé hacia la salida, resueltamente.

Sorprendido, me crucé con un sudoroso jugador del *Crusaders* que se retiraba en esos momentos hacia su vestuario, sustituido por otro compañero. Me miró y le miré.

—Lo siento —murmuró—. Vi lo de Higgins. ¿Cómo está ese chico, Callaghan?

—No se sabe. Creen que tiene rota la pierna.

—Dios mío… —bajó la cabeza—. Pudo haberte pasado a ti si estás jugando, Harmond.

—Lo supongo. Tenéis un salvaje asesino por defensa.

—Siempre ha sido duro y brusco. Pero hoy se pasa. Me temo que sea verdad…

—¿Verdad? ¿El qué? —le pregunté.

—Somos rivales. No debería decírtelo —musitó—. Pero no es justo callar. Solo somos rivales en el terreno de juego. Esto no es deportivo. Se rumorea que Higgins ha recibido una oferta de diez mil libras por lesionarte a ti y, de no estar tú, al más peligroso jugador del *Lyons*.

—¿A mí? ¿Por qué a mí?

—No sé. Es algo personal y oscuro, imagino. Un tipo muy rico, entusiasta de nuestros colores, ha ofrecido treinta mil libras al equipo, si hoy ganamos y mantenemos la categoría. Creo que es el mismo que paga a Higgins por lesionarte a ti o a otro cualquiera… pero muy especialmente a ti, Harmond.

—No me digas más —temblé de pies a cabeza—. Ese hombre es Terence Allyson…

—No puedo decirte nombres —suspiró, desviando la mirada—. Pero si tú lo dices… yo no he afirmado ni negado nada, Harmond. Lo siento, repito. No salgas a jugar. Higgins te mataría.

—O yo a él —dije, enérgico.

Y me encaminé resueltamente al banquillo.

CAPÍTULO VIII

Pisé el césped.

Gordon no había sido capaz de negármelo. Algo, en mi gesto, le disuadió de ello. Seguían jugando solo diez por nuestros colores. Yo completé el equipo. Vi venir a Higgins hacia mí apenas cogí el primer balón. Ahora, su sonrisa y su mirada tenían sentido para mí. En su asiento de tribuna, Allyson sonreía, algo nervioso. El empate persistía en el marcador, pero en el campo solo había ahora un equipo: el *Crusaders*.

Reforcé el medio campo, evitando que las incursiones de los rivales fuesen tan frecuentes y peligrosas. Evitaba en enfrentamiento con Higgins. El asesino del césped se hallaba replegado cerca de su área, a la espera. Las faltas eran frecuentes, y el *Crusaders* se empleaba con demasiada dureza. Pero el árbitro había perdido toda su autoridad inicial. No se atrevía a mostrar tarjeta roja al central contrario.

Sin Callaghan y conmigo mermado de facultades, las cosas se ponían bastante feas para nosotros. Faltaban aún treinta y dos interminables minutos para el término del encuentro, y conseguir el gol de la victoria parecía algo tan remoto como inalcanzable para nosotros.

Por si eso fuera poco, llegó el segundo y temido desastre.

El *Crusaders*, a la salida de un córner, marcó el segundo gol en remate a bocajarro, de cabeza, que nuestro meta no pudo detener. Con dos a uno y media hora por delante, soñar ya con la Primera División era pura utopía. Allyson, congestionado, saltaba y clamaba en su asiento, así como todos los demás *supporters* rojiblancos. Incluso me dirigió una mirada triunfal y se mofó de mí con un gesto.

Encajé las mandíbulas, rabioso, yendo a sacar de centro. Mis compañeros parecían anonadados, rotos. Les alenté, dando palmetazos.

—¡Vamos, vamos! —rugí—. Hay que empatar, como mínimo. ¡Adelante, no desfalleced! Hay tiempo para ello. Mataros, dejad la

piel en el campo, pero intentadlo. Ahora, o nunca, muchachos...

Di ejemplo yo mismo, saliendo como una centella, tras devolverme mi medio ala el balón, en dirección al marco contrario. Vi venir a Higgins hacia mí, como un tanque aniquilador. Su gesto tenía una expresión de crueldad y complacencia.

Seguí con el esférico, sorteé a tres contrarios, más movido por la furia que por la fría razón técnica. Era como un huracán que chocaría, indefectiblemente, con la dura roca que era Higgins.

Pero no fue así. Le burlé en el mejor, más seco y hábil regate de mi vida. Me tiró un patadón pero encontró el vacío y se fue de bruces al suelo, en mala postura, aullando de dolor al sentir el crujido de su clavícula lesionada. Pisé el borde del área, evité a un último contrario y rematé como si me fuera en ello la vida.

Mi borceguí restalló contra el cuero como un percutor al golpear el fulminante de la bala. Ningún portero del mundo hubiera detenido aquello. Era, realmente, un proyectil hacia las mallas, donde se estrelló violentamente, con tal fuerza que rebotó en el arco de metal y salió despedido al terreno de juego.

Caí de rodillas, los brazos al cielo. El equipo fue una piña. Habíamos empatado justamente a los cuarenta segundos de encajar el gol adverso. El campo era un clamor.

Miré desde mi posición hacia Allyson. Le agité el puño, frenético. Creo que le vi palidecer, pese a la distancia que nos separaba. Se enjugó el sudor, cayendo en su asiento, anonadado.

Ese gol había sido psicológicamente crucial. A partir de ese momento, el partido entró en una fase de emoción insufrible. Cada jugada de uno u otro equipo podía ser el gol decisivo que resolviera la pugna. Ahora me marcaban más estrechamente, pese a que seguía ligeramente renqueante. Mi gol les había llenado de ira, sobre todo a Higgins, que iba en mi busca descaradamente, ávido por devolverme el golpe.

Yo soltaba rápidamente el balón a mis compañeros mejor situados, para evitar el enfrentamiento con él. Y aguardaba mi propia ocasión.

Cuando Everett, desde el banquillo, nos señaló con sus dedos que faltaban dos minutos para el final, supe que habría prórroga inevitablemente. No me sentía capaz de resistir tanto tiempo en pie sobre el campo. Pero no podía darme ahora por vencido.

En ese momento, Daniels me lanzó un balón largo que yo no esperaba. Lo controlé, evitando a un contrario. Y me moví hacia la puerta enemiga, sin demasiada confianza en mí mismo. Inexplicablemente, un defensa resbaló, dejándome un amplio terreno por delante. Corrí con el esférico, en solitario, mientras los segundos corrían implacablemente hacia el final del partido.

Salvé a otro defensa. Solo quedaban delante Higgins, muy recuperado de su caída y el portero. Evité su bestial entrada, que hubiera podido dejar mi pierna peor que la del pobre Callaghan. Y me encontré dentro del área. El portero se adelantó para cerrar huecos y evitar un gol. Creo que nunca hubiese podido marcar ese tanto.

Pero entonces, llevado de los nervios y de su propia ira, Higgins me entró por detrás salvajemente. Salí disparado por los aires, y caí violentamente contra el suelo.

Oí el silbato del árbitro y miré a ras de hierba, convulso por el dolor.

¡*Penalty*!

Estaba señalando el punto blanco en el área. Era falta máxima.

Al mismo tiempo, mostraba tarjeta roja a Higgins. Este se soliviantó. Sus compañeros le alejaron a viva fuerza. Inflexible, el árbitro seguía junto al punto de *penalty*.

Miré angustiado hacia el banquillo. Recordé algo terrible. Callaghan, nuestro experto en lanzamiento de faltas máximas no estaba en el terreno de juego. ¿Quién iba a lanzar el *penalty*?

De él dependían tantas cosas... La Primera División, por encima de todo. Y Allyson. Su fracaso definitivo...

Me incorporé, con la ayuda de dos compañeros. Cojeando, paseé por el área. Gordon había salido del banquillo, frenético. Discutía con varios jugadores. Uno vino hacia mí. Era Daniels, en funciones de capitán hasta que yo salí de nuevo.

—Te toca a ti —me dijo—. Gordon dice que tires tú el *penalty*, Frank.

* * *

Me quedé petrificado. Creo que la sangre se hizo hielo en mis venas.

Las imágenes del pasado acudieron a mi mente con escalofriante nitidez. El último partido en Primera, el *penalty* fallado, el fracaso... el hundimiento...

—¿Estáis locos? —rugí—. ¡Yo no! ¡No tiro ese *penalty*! ¡No tiro ningún *penalty*... pero menos este!

Fui a Everett a protestar. Él me miró fijamente, pálido el semblante.

—Lo siento, Frank —dijo—. Ahora, o nunca. Eres el único en quien confío. Sé que lo marcarás.

—Pero Gordon, ¿olvidas aquel partido, aquel otro *penalty*? —gemí—. Fallé entonces... Si fallo ahora... sería el fin. Para todos.

—No fallarás, Frank. Todos cometemos un error en la vida. Pero no siempre dos errores iguales. Es tu gran oportunidad. Fuera prejuicios y traumas. Olvida el pasado. Piensa que en tu pierna está el ser o no ser. Es solo un *penalty*, Frank. Solo eso... Vamos, tíralo. Es una orden.

Como sonámbulo, fui hacia el esférico. Lo miré, casi hipnotizado. Sobre el círculo blanco, esperando. Los jugadores al borde del área. El portero expectante, el árbitro silbato en mano. Como entonces...

—Dios mío... —susurré.

Me persigné. Fui al balón, tras acariciarlo suavemente en su sitio. Oí silbar al árbitro. Mi corazón era un galope desenfrenado.

Golpeé el cuero. Salió disparado hacia el marco.

Sentí que el suelo se hundía bajo mis pies. Todo giró ante mis ojos.

¡El portero había detenido mi disparo!

Estuve a punto de llorar, cuando oí de nuevo el silbato arbitral. El juez de la contienda habló con energía:

—¡Hay que repetirlo! El portero se movió... y tres jugadores del *Crusaders* han entrado en el área antes del lanzamiento.

Nadie discutió la decisión. Al parecer, era bien cierto, pero yo no me había enterado de nada. Angustiado, miré hacia Everett. Hizo un gesto enérgico.

—¡Tú! —insistió—. ¡Lánzalo de nuevo tú! ¡El lanzamiento fue perfecto!

Estaba temblando, sudoroso. El portero volvió a situarse. El árbitro, con energía, alejó a los jugadores del borde del área. Luego,

pitó de nuevo.

Tomé carrerilla, cerré los ojos al contactar con el esférico. Mi bota derecha estalló contra el cuero. De esto dependía todo. El *Lyons*, la Primera División... Y yo mismo. Mi futuro. Mi vida toda, quizás...

Un momento antes, tras la puerta del guardameta contrario, había asomado un rostro de modo fugaz. Un rostro conocido. Y una voz me había alentado:

—¡Animo, Frank! ¡Marcarás gol, lo sé!

El balón salió disparado hacia la meta. Dejé de ver todo. Incluso a Ilse...

El clamor me avisó del resultado de aquel impacto tan decisivo:

—¡Goooool!

Abrí los ojos. Miré a las mallas, incrédulo, el portero, caído en tierra, golpeaba con sus puños el césped, exasperado. El balón aún batía mansamente la malla, pegado al poste izquierdo.

Había marcado el gol de la victoria.

Había transformado el *penalty*.

Un *penalty* me había hundido a mí y al *Lyons*. Otro *penalty*, ahora, nos devolvía las ilusiones, la esperanzas, la fe. Estábamos en Primera División.

Todos me abrazaron con entusiasmo. El *Crusaders* sacó rápidamente de centro, pero ya no tenían ninguna posibilidad. Un minuto más tarde, se pitaba el final del encuentro. Ellos descendían a Segunda. Nosotros ascendíamos de nuevo.

—Lo sabía, Frank —me dijo Everett, emocionado, llorando como un niño, abrazado a mí—. ¡Lo sabía! Tenías que tirarlo tú...

Busqué con la mirada tras la puerta contraria. Ya no me preocupaban Deborah ni Allyson. Vi venir a Ilse, por entre las gradas, alborozada. Dejé a mis compañeros, a mi entrenador, a todos. Fui a su encuentro.

Nos abrazamos desesperadamente, apasionadamente. Nuestros labios se encontraron.

—Oh, Frank, Frank... —susurró—. No quería que me vieras nunca en el campo, pero he visto todos tus partidos, todos... Hoy era distinto. Cuando supe que tú tirabas ese *penalty*... creí que debía ir a darte ánimos...

—Hiciste bien, Ilse —murmuré—. Creo que fue decisivo. Por eso

marqué…

—Oh, no seas tonto… Frank, no quise verte cuando te echaron. Me dolió tanto todo aquello… Seguro que pensaste que no me importabas… Pero me importaste siempre demasiado. Siempre…

La llevé conmigo al vestuario. Eso nadie me lo podía impedir. Ni lo intentaron siquiera.

Directivos, presidente, periodistas… Todos me esperaban, me rodeaban. Era el héroe de la noche. Y se sentía uno bien en ese papel.

—Ilse, siempre tuve fe en que un día… volverías a mi vida para no marcharte nunca de ella —le dije.

—Frank, ahora vuelves a ser famoso. Todo lo más que esperaba era tu autógrafo…

—En todo caso, en una licencia matrimonial. ¿Te gustaría así? —sonreí.

—¡Oh, Frank, Frank! —sollozó, abrazándose a mí.

EPÍLOGO

Fue un fin de temporada brillante.

El *Lyons* en Primera División otra vez, yo con un nuevo contrato con mi entrañable club, ahora mucho mejor remunerado, e Ilse Bauman convertida en la flamante señora Harmond.

Ah, y por si fuera poco, una noticia muy grata en los periódicos, por partida doble: Paul Higgins, defensa central del *Crusaders*, expulsado de su equipo y expedientado por la Federación por recibir dinero para lesionar a un contrario. Y Terence Allyson, el que le propusiera tan feo negocio, despedido de la East End Corporation y sometido a procesamiento por fingir una desaparición de mercancías en los almacenes de su empresa, provocando un despido injusto. Nigel Morgan pretendía rehabilitar a su empleado, Frank Harmond, ofrecerle de nuevo un empleo mejor y darle una indemnización justa, tras descubrirse el escándalo de su yerno, de quien su hija Deborah se pensaba separar legalmente en breve.

No acepté nada de eso. Me bastaba con limpiar la única mancha sobre mi nombre y ver castigado el miserable que lo provoco todo.

Con Ilse y con mi *Lyons* ya tenía suficiente premio, después de todo.

Todo había comenzado con un triste *penalty* ya olvidado.

Y con otro *penalty* triunfal, se cerraba una parte de la historia de mi vida que solo tuvo algo de positivo: encontrar a una muchachita rubia, de sangre alemana, llamada Ilse Bauman. Perdón… Ilse Harmond en la actualidad.

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España